



EN BUSCA DE RESPETO

vendiendo crack en harlem

philippe bourgeois

Prefacio a esta edición

Es un gran placer poder contar con una versión en español de *En busca de respeto*. Desafortunadamente, quince años después de la publicación de este libro sobre la venta de *crack* en el barrio puertorriqueño de Nueva York, el tema se halla más vigente que nunca en América Latina. *Crack*, “piedra”, “roca”, “patraseado”, “basuco”, “paco”:* cualquiera sea el nombre que se le dé en un lenguaje coloquial particular, el compuesto de cocaína en su forma fumable continúa arrasando la vida de los sectores más vulnerables a lo largo del continente americano y, en menor escala, en la Península Ibérica. El *crack* representa demasiado dinero y ofrece un raptó extático demasiado potente e inmediato como para que su efecto claudique en el futuro cercano, sobre todo en la era actual, cuando una proporción cada vez mayor de la población latinoamericana se encuentra excluida de la economía legal.

La tragedia más apremiante para América Latina es consecuencia de la gran demanda de *crack* en los Estados Unidos, así como la política de “tolerancia cero” de la llamada “guerra contra las drogas” del gobierno estadounidense, que induce un aumento artificial en el precio de las drogas, incrementa los márgenes de utilidad del narcotráfico y catapulta los niveles de violencia que rodean el negocio. Las políticas de “mano dura” han generado las condiciones óptimas para que el *crack* deje sus huellas en los rincones más alejados del continente, a medida que inaugura nuevos mercados de manera casi accidental

* Cabe hacer algunas aclaraciones terminológicas básicas, pues si bien todas estas sustancias son similares en cuanto a sus efectos psicotrópicos, poseen características diferentes en función del proceso de preparación. El *crack* es la cocaína en polvo convertida una vez más en su forma básica: disuelta en agua junto con bicarbonato de sodio, la cocaína se convierte en una pequeña piedra que se puede fumar. En virtud de este proceso, que “devuelve” la cocaína a su forma básica, los colombianos llaman al *crack* “patraseado” (cocaína vuelta “para atrás”). En cambio, el paco (en Argentina) y el basuco (en Colombia) son compuestos de cocaína que aún conservan algunos de los productos utilizados para convertir la hoja de coca en polvo: son una sustancia básica que se puede fumar y provoca efectos psicotrópicos.

entre los peones del narcotráfico y las comunidades que atraviesa, ya sean centros urbanos, puertos o pueblos rurales. Realicé mis primeros proyectos de investigación a finales de los años setenta y principios de los ochenta en la Costa Atlántica de Centroamérica: trabajé en el distrito de Toledo –en el sur de Belice–, en la Mosquitia de Nicaragua, en Talamanca –en el sur de Costa Rica– y en Bocas del Toro –en el norte de Panamá–. A mi regreso a todos estos lugares en la década de 2000, comprobé que se ubicaban en las rutas de tránsito de la cocaína en su paso furtivo hacia Norteamérica. Nuevos aficionados al *crack* abundan en los senderos fangosos de todos estos territorios.

No es casualidad que la llegada del *crack* a las Américas coincidiera con el abaratamiento del transporte internacional y el auge de las tecnologías digitales. La mundialización de la producción económica y del comercio ha dado lugar a una férrea competencia internacional por la provisión de mano de obra barata. Muchos países latinoamericanos de repente se descubren incapaces de competir con la proliferación de la maquila en Asia, África, Medio Oriente y Europa Central, y se encuentran en un proceso de desindustrialización sin haber pasado nunca por la industrialización. Los nietos de los campesinos lumpenizados no encuentran un modo de interactuar productivamente con ningún sector legal de la economía mundializada y terminan atrapados en tugurios, villas miserias, barriadas, *favelas*, “precarios” y “comunales”, sobreviviendo a base de la única economía en la que aún es fácil encontrar trabajo: el comercio callejero de drogas. Cada vez es mayor el porcentaje de la población que vive en condiciones precarias, excluida de los sectores productivos y condenada a vidas de desnutrición y degradación física, a pesar de estar rodeada de una riqueza sin precedentes. Como consecuencia de estos niveles de pauperización masificada, cada año miles de jóvenes recurren al asesinato a fin de obtener el control de territorios para la venta de drogas.

La violencia interpersonal, la delincuencia menor y el crimen organizado y desorganizado han reemplazado la violencia politizada de la Guerra Fría. El colapso de los movimientos políticos populares, en las décadas de 1990 y 2000, abrió un vacío que han venido a llenar las iniciativas políticas punitivas dirigidas a los sectores de bajos recursos, iniciativas legitimadas en nombre de la eficiencia y autorregulación del libre mercado que, sin embargo, han aumentado la desigualdad socioeconómica en el mundo. En los países más afectados por el *crack*, las cárceles y los cementerios se han llenado de jóvenes pertenecientes a las clases populares. Reaparecen las olas de “muertos extrajudiciales”, víctimas ahora no de la represión política anticomunista que caracterizó a la Guerra Fría en muchos países latinoamericanos, sino de la guerra contra la delincuencia. Vi a mi mejor amigo costarricense de los años ochenta, un jornalero agrícola politizado que apoyaba clandestinamente la formación de un sindicato comunista en la plantación de banano de la Chiquita Brands en Sixaola de

Talamanca, convertido en “piedrero” y expulsado de su familia. Ahora sobrevive en el lodo y la basura de los “chinameros”, en la frontera entre Costa Rica y Panamá. Para su fortuna, no vive en Guatemala, Honduras o Colombia, donde podría desaparecer asesinado en la próxima ronda municipal de lo que suele llamarse “la limpieza social”.

El *crack* es la droga lumpen por excelencia. Es una sustancia que capta el sufrimiento social y la precariedad de nuestra época. Si bien una dosis se consigue por centavos, también es posible gastar una fortuna fumando la droga cada pocos minutos. Desgasta rápidamente el cuerpo, quita el hambre y el sueño, y ofrece apenas unos instantes de placer seguidos por un ansia paranoica y voraz de adquirir más, que fácilmente se convierte en violencia. Este libro presenta la vida diaria del gueto latino de Nueva York a mediados de la década de 1980, años en que el *crack*, entonces una novedad, arrasó con toda una generación de jóvenes desempleados. No es casualidad que los puertorriqueños se encontraran en el epicentro del consumo y la venta de *crack* y cocaína en Nueva York. Antes de abalanzarse sobre los tratados de libre comercio y antes de dismantelar y privatizar sus sistemas públicos de provisión de servicios esenciales, los países de América Latina deberían examinar de cerca los efectos del modelo de desarrollo impulsado por los Estados Unidos en la isla de Puerto Rico, modelo que precipitó el desplazamiento de su población hacia guetos violentos y lejanos. Afortunadamente, los países hispanoamericanos tienen una formación histórica, cultural y religiosa muy diferente de la estadounidense, y eso les ofrece la posibilidad de crear caminos alternativos basados en conceptos de responsabilidad social y empatía para con los sectores más necesitados.

Prefacio a la segunda edición

Han transcurrido siete años desde la primera edición de este libro, en el otoño de 1995. Desde entonces, cuatro procesos importantes han alterado el compás de la vida cotidiana en las calles de East Harlem y han afectado considerablemente la vida de los vendedores de *crack* que aparecen en estas páginas: 1) la economía estadounidense atravesó el período de crecimiento sostenido más largo de su historia; 2) el número de inmigrantes mexicanos radicados en Nueva York, y especialmente en East Harlem, aumentó de manera extraordinaria; 3) la guerra contra las drogas se intensificó hasta degenerar en una política cuasi oficial de criminalización y encarcelamiento de los sectores socialmente marginados y de bajos recursos, y 4) las modas en el consumo de drogas cambiaron y la marihuana se transformó en la sustancia predilecta de los jóvenes latinos y afronorteamericanos en las zonas urbanas estadounidenses, mientras que el *crack* y la heroína perdieron gran parte de su popularidad.

En el año 2002, aún era posible obtener *crack*, cocaína y heroína en la cuadra donde yo viví durante mi estadía en East Harlem, pero el mercado de narcóticos había perdido visibilidad y se hallaba en manos de un menor número de personas. Adquirir drogas en el vecindario todavía era fácil, pero gran parte de las ventas se realizaba en el interior de los edificios, fuera de la mirada policial. Eran menos los vendedores ambulantes que competían al aire libre en las esquinas gritando la marca de las drogas disponibles. El hecho más significativo era que los jóvenes latinos y afronorteamericanos –testigos tempranos de la destrucción causada por el *crack* y la heroína entre las generaciones anteriores de sus comunidades– les seguían dando la espalda a ambas drogas. En Nueva York, los adictos al *crack* rehabilitados estaban inventando un nuevo género de literatura autobiográfica (Stringer, 1998; S. y Bolnic, 2000). No obstante, grupos considerables de adultos adictos continuaban concentrándose en las calles de la *inner city*.* Si bien resulta difícil confiar en las encuestas telefónicas gubernamentales acerca de las drogas, vale mencionar que los datos obtenidos por el Censo Nacional de Hogares sobre la Farmacodepen-

* Sobre el significado de esta expresión, véase nota de p. 31.

dencia, efectuado anualmente en los Estados Unidos desde 1994, no corroboran la existencia de una disminución en el “consumo regular de *crack*” en la década de 1990 (*Substance Abuse and Mental Health Services Administration*, 2000). Sin embargo, las estadísticas recopiladas por las salas de urgencias de los hospitales y las comisarías reflejan una caída drástica en el número de pruebas de orina contaminadas con cocaína entre los varones arrestados y admitidos en los hospitales en los últimos años de la década de 1990 y en el año 2000 (CESAR FAX, 2001).

En la mayoría de las grandes ciudades estadounidenses, el *crack* se instalaba con facilidad principalmente en las zonas más pobres de los vecindarios afro-norteamericanos. Los expendios de *crack* continuaban ubicándose ya sea en los complejos habitacionales, los lotes baldíos y los edificios abandonados, o en las zonas aledañas a estos sitios. En Nueva York, aunque los efectos del consumo de *crack* se habían reducido, éste aún representaba una catástrofe cuyo epicentro se situaba en los barrios puertorriqueños.

Al contrario de lo que ha sucedido con el *crack*, el consumo de heroína creció en numerosas ciudades en la segunda mitad de la década de 1990 y a principios de la década de 2000. A lo largo y ancho de los Estados Unidos, el precio de la heroína cayó mientras que su pureza mejoró, hecho que desmiente las afirmaciones de que el gobierno estadounidense tiene posibilidades de ganar la guerra contra las drogas. La nueva afición por la heroína, no obstante, surgió especialmente entre grupos de jóvenes blancos radicados fuera de los guetos estadounidenses, un sector de la población que suele rechazar el *crack*. En mis últimas visitas a East Harlem, la heroína carecía de popularidad entre los jóvenes latinos y afro-norteamericanos, sobre todo en su forma intravenosa. Los expendios de *crack* y heroína parecían hospitales geriátricos, con personas que rondaban los cuarenta y los cincuenta años.

En resumen, en 2002, tanto el *crack* como la heroína representaban negocios multimillonarios que afectaban con especial virulencia a las familias de la *inner city* estadounidense. Las nuevas generaciones en East Harlem, sin embargo, desempeñaban el papel de vendedores con mucha mayor frecuencia que el de consumidores. Los jóvenes latinos y afro-norteamericanos que en efecto consumían heroína o *crack* lo hacían a escondidas de sus amistades. Si bien tenemos una comprensión pobre de las transformaciones en las preferencias respecto al consumo de drogas, lo cierto es que, al comenzar el siglo XXI, Estados Unidos tuvo la fortuna de que la marihuana y el licor de malta cumplieran una década como las sustancias predilectas de los jóvenes latinos y afro-norteamericanos partícipes de la cultura callejera (Golub y Johnson, 1999).

Aún más importante que los patrones de consumo y que las bravatas de los políticos sobre las drogas resultó ser el auge de la economía estadounidense a finales de los años noventa, período en que las tasas de desempleo cayeron a ni-

veles inauditos. Para mi sorpresa, varios de los vendedores de *crack* con quienes interactué durante mi estadía en East Harlem, así como sus familiares, se beneficiaron del período de crecimiento económico sostenido, al menos hasta que cayó en picada entre 2001 y 2002. Cerca de la mitad de los personajes de este libro lograron incorporarse a las categorías inferiores del mercado laboral legal antes de la recesión económica de 2001. El epílogo de esta segunda edición discute los hechos con mayor detalle personal, pero a modo de ejemplo, entre 2001 y 2002, la situación laboral de los protagonistas era la siguiente: uno de los antiguos narcotraficantes trabajaba como portero y se había asociado a un sindicato, otra tenía un puesto como auxiliar de enfermería domiciliaria y otro como asistente de plomero. Otros tres trabajaban como constructores para pequeños contratistas sin autorización. Una de las protagonistas encontró empleo como cajera en una tienda de *souvenirs* turísticos. Dos de las hermanas de los antiguos vendedores de *crack* trabajaban como auxiliares de enfermería y otra como secretaria. La pareja de uno de los personajes consiguió un puesto como cajera en un banco, otra era guardia de seguridad y una tercera distribuía productos Avon. El hijo mayor de uno de los protagonistas trabajaba como cajero en un restaurante de comida rápida, otro vendía drogas y otros dos cumplían penas de cárcel, uno por narcotráfico y el otro por un robo. Tres o cuatro de los protagonistas aún vendían drogas, pero más que nada marihuana en vez de heroína o *crack*. Otros tres de los antiguos narcotraficantes cumplían largas penas de cárcel, e irónicamente han de haber estado trabajando en el incipiente sector manufacturero de las cárceles estadounidenses por sueldos considerablemente inferiores al mínimo estipulado por ley.

En otras palabras, el repunte extraordinario de la economía estadounidense en la segunda mitad de los años noventa obligó a empresarios y sindicatos a incorporar en el mercado laboral a un gran número de puertorriqueños y afro-norteamericanos marginados, lo que representó un contraste estructural en relación con lo que acontecía a finales de los años ochenta y principios de los noventa, años en que realicé el trabajo de campo que presento en este libro, y en los cuales la economía atravesaba tiempos difíciles. Sin embargo, incluso en el verano de 2000, año en que la época de bonanza económica alcanzó su punto culminante, gran parte de los jóvenes de la *inner city* continuaban excluidos del mercado laboral. Este sector marginado de la población se había tornado casi completamente superfluo desde el punto de vista de la economía legal, y seguía enmarañado en la todavía rentable economía del narcotráfico, un sistema carcelario en veloz expansión y una amalgama de dificultades relacionadas con el consumo de drogas y la violencia cotidiana interpersonal. En términos políticos y económicos, el futuro no se mostraba esperanzador para los pobladores pobres de los guetos neoyorquinos, independientemente de las fluctuaciones económicas nacionales y regionales, como lo demuestra lo suce-

dido tras la catástrofe de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, cuando Estados Unidos se adentró en una nueva recesión económica. En 2000, el país alcanzó la mayor disparidad entre ricos y pobres de todas las naciones industrializadas, brecha que continúa ensanchándose (*New York Times*, 26 de septiembre de 2001: A12; véase también U. S. Census Bureau [Oficina del Censo], 2001). A nivel local, el estado de Nueva York vio crecer la desigualdad en la distribución de ingresos en mayor medida que cualquier otro estado del país en las últimas tres décadas del siglo XX (*New York Times*, 19 de enero de 2000: B5).

La abundancia de empleos básicos mal remunerados en el mercado laboral neoyorquino ha tenido como efecto secundario la acelerada inmigración de mexicanos indocumentados que abandonan la pobreza de sus pueblos de origen y arriban a Nueva York dispuestos a trabajar arduamente por sueldos inferiores al nivel de pobreza. Cuando me fui del vecindario, en 1991, la presencia mexicana ya era considerable; en efecto, la primera edición de este libro menciona las tensiones entre los jóvenes puertorriqueños y los mexicanos recién llegados. El epílogo de la primera edición, escrito en 1994 e incluido en esta edición, presenta estadísticas que reflejan el rápido aumento en el número de mexicanos en East Harlem a principios de los años noventa. Dicho proceso se aceleró aún más en la segunda mitad de la década. En 1991, por lo menos tres edificios de las cuadras aledañas se hallaban ocupados exclusivamente por mexicanos recién llegados, por no mencionar otros dos edificios poblados por grupos de senegaleses provenientes de las zonas rurales de su país. En una de mis últimas visitas de seguimiento al vecindario, una de las cuadras contiguas a mi antigua manzana había pasado a ser completamente mexicana. Mientras que durante mi estadía en East Harlem solamente conocí un restaurante mexicano —un establecimiento sin nombre que no tenía autorización para la venta de comestibles—, en los primeros años de la década de 2000 el vecindario estaba colmado de negocios y restaurantes especializados en productos mexicanos. En resumen, una nueva oleada inmigratoria inauguraba otro proceso de sucesión étnica en East Harlem y renovaba la población desde los márgenes de la economía estadounidense, pero en busca tenaz del sueño americano.

En 2002, nuevas pequeñas empresas aparecieron en calles previamente abandonadas y amuralladas del vecindario. En mi antigua cuadra, el proceso de revitalización iniciado en 1994 se aceleraba notablemente. Junto a mi edificio, una fila de edificios residenciales de cuatro pisos había reemplazado al lote baldío colmado de basura que había permanecido abandonado por más de quince años. El edificio inmenso al otro lado de la calle, incendiado en los años setenta, había sido restaurado y transformado en un centro de rehabilitación para madres toxicómanas. Cinco nuevos negocios se habían instalado en la cuadra: dos salones de belleza, un videoclub, un restaurante de comida china y una pizzería.

Solamente uno de los dos almacenes originales de la cuadra continuaba vendiendo drogas, aunque ahora se limitaba a vender marihuana. La heroína que todavía se vendía en la esquina se había vuelto más pura que nunca, pero las tres compañías que solían competir por el dominio del mercado habían desaparecido. Al igual que en los años ochenta y principios de los noventa, al caer la noche la clase trabajadora cedía el control del espacio público a los narcotraficantes y adictos. Sin embargo, en términos generales, el fortalecimiento de la economía, las transformaciones en los patrones de consumo de drogas y las oleadas de trabajadores indocumentados vigorizaron la presencia de la clase trabajadora en el espacio público, lo que tuvo como consecuencia el debilitamiento del destructivo magnetismo de las drogas, el crimen y la violencia para quienes buscaban la superación socioeconómica.

Si bien el fortalecimiento del sector privado y la inmigración tuvieron efectos positivos sobre East Harlem, el gobierno estadounidense mantuvo en la práctica su política de negligencia hacia la *inner city*, especialmente hacia los barrios afronorteamericanos y latinos. En la década de 1990, la ya de por sí raquítica e infradotada red de protección social degeneró en una costosa e inclemente red de captura penal. El sistema carcelario estadounidense creció vertiginosamente durante este período y llegó a convertirse en un verdadero complejo industrial, más grande en términos per cápita al de cualquier país del mundo, a excepción de Rusia y Ruanda. La tasa de encarcelamiento en los Estados Unidos se duplicó en el transcurso de los años noventa, al final de los cuales alcanzó una dimensión entre seis y doce veces mayor que la de los países de la Unión Europea (Wacquant, 1999: 72). Los patrones de encarcelamiento adquieren un aura de *apartheid* cuando se examinan las disparidades étnicas que suponen (Wacquant, 2000). Según las estadísticas, uno de cada tres hombres afronorteamericanos tiene probabilidades de acabar en la cárcel en algún momento de su vida, en comparación con uno de cada veinticinco hombres blancos y uno de cada seis latinos. Tal discrepancia en las tasas de encarcelamiento ha sido una de las consecuencias de la llamada “guerra contra las drogas”. A comienzos del siglo XXI, la probabilidad de que un afronorteamericano cayera preso por un caso relacionado con drogas era veinte veces mayor que la de una persona blanca. La segregación carcelaria era aún más alarmante en el estado de Nueva York, donde el 89 por ciento de los prisioneros eran afronorteamericanos o latinos (Macallair y Taqi-Eddin, 1999).

Rudolph Giuliani, alcalde neoyorquino entre 1993 y 2001, es conocido mundialmente por impulsar una política de “tolerancia cero” contra el delito menor basada en la infame teoría de las “ventanas rotas” (Kelling y Coles, 1996). Su estrategia se concentró en combatir los llamados “crímenes contra la calidad de vida”, lo que significó el arresto indiscriminado de mendigos, limpiadores de parabrisas, evasores de tarifas del subterráneo y jóvenes latinos y afronorte-

americanos vestidos al estilo *hip hop* que vagaban en las calles. El costo en términos de violaciones a los derechos humanos fue elevado, con un aumento extraordinario en los casos de brutalidad policíaca de carácter racial. La estrategia culminó con una serie de escándalos públicos, entre ellos la tortura de un haitiano a quien interrogadores policiales sodomizaron repetidamente con parte de un palo de escoba durante un interrogatorio en una comisaría, y el asesinato de un inmigrante guineano desarmado, víctima de cuarenta y un disparos en el vestíbulo de su edificio. La política de mano dura también resultó ser sumamente onerosa. La municipalidad amplió la fuerza policial en más de 7000 oficiales para alcanzar un total de 40 000 policías, la mayor expansión de su historia, mientras que el presupuesto dedicado a la salud, la educación, el sistema de adopciones y otros servicios públicos entró en un período de austeridad. En la década de los noventa, el estado de Nueva York gastó más de 4500 millones de dólares en la construcción de nuevas cárceles, por no mencionar el costo de operación que ellas demandaron, que en 1998 alcanzó los \$32 000 anuales por presidiario en las cárceles del norte y \$66 000 per cápita en la Isla de Riker, la cárcel municipal de Nueva York (Camp y Camp, 1998).

Los partidarios de políticas antidrogas represivas suelen subrayar la caída considerable en las tasas de criminalidad en Nueva York durante la segunda mitad de los años noventa, sin tomar en cuenta que esta disminución no fue excepcional en comparación con la que aconteció en ciudades donde no se criminalizó la indigencia ni se aumentaron las tasas de arresto. Efectivamente, los expertos en estadísticas calculan que las tasas criminales disminuyeron menos en estados donde la población encarcelada aumentó en mayores números que en estados donde dicha población creció por debajo del promedio (*New York Times*, 28 de septiembre de 2000: A16). El crimen en Nueva York, al igual que en el resto del país, comenzó a disminuir en los años anteriores a 1994, año en que Giuliani instauró las célebres políticas de mano dura. Los analistas políticos habituados a manejar cifras aseguran que el auge económico estadounidense y las transformaciones demográficas –sobre todo la disminución del número de jóvenes entre dieciocho y veinte años– cumplieron un papel mucho mayor en la reducción de las tasas de criminalidad que los nuevos métodos de control del crimen (Blumstein y Wallman, 2000). A pesar de estas críticas, las técnicas policiales neoyorquinas se han convertido en estandarte de la ideología neoliberal, que propone como solución a los problemas urbanos “el encarcelamiento de todo delincuente menor, especialmente los adictos” y “la criminalización de la miseria” (Wacquant, 1999: 74, 151). El espacio público de las ciudades estadounidenses, dominado por la clase media anglosajona, se desembarazó del espectáculo desagradable de la pobreza. Con las heridas supurantes del sufrimiento social esterilizadas, los precios de los bienes inmuebles se dispararon y el turismo alcanzó niveles inauditos.

Sorprendentemente, muchos de los narcotraficantes con quienes trabé amistad –a excepción de los más jóvenes, inexpertos y violentos– han logrado evitar la cárcel. El efecto más inmediato del recrudecimiento de la guerra contra las drogas en la vida de los personajes de este libro ha sido el cumplimiento estricto de las políticas federales de tolerancia cero [*one-strike-you're-out*] en los complejos habitacionales del Instituto Neoyorquino de Vivienda. A mediados de los años noventa, la presencia de un convicto en un departamento subsidiado se convirtió en causa legal suficiente para desalojar a un núcleo familiar completo, independientemente de la edad o el nivel de vulnerabilidad social de los involucrados. Numerosas ciudades han decidido no cumplir rígidamente con esta ordenanza federal, pero Nueva York sí lo hizo. Por consiguiente, la mayoría de los narcotraficantes que aparecen en estas páginas fueron desalojados, por lo general junto a sus familias. Muchos de ellos –incluso los dos personajes principales del libro– se vieron obligados a marcharse de Manhattan o incluso del estado de Nueva York. A lo largo y ancho de la ciudad, cientos de ancianos terminaron en la calle por acoger a un nieto o nieta en el sofá de su sala. No se hicieron excepciones en casos en que los abuelos padecían de senilidad e ignoraban las actividades criminales de los nietos, ni en aquellos en que los nietos intimidaban a los abuelos (véase *New York Times*, 27 de marzo de 2002: A20). Aún más dramáticos fueron los casos de tres bebés recién nacidos cuyas madres perdieron sus respectivos departamentos al hospedar a tres de los protagonistas de este libro, lo que las obligó a buscar refugio en albergues para indigentes o en los cuartos hacinados de sus familiares.

El aspecto más preocupante de la situación actual en East Harlem es la devastación que deben enfrentar los hijos de los protagonistas de este libro. Regreso a Nueva York una o dos veces al año desde la primera edición. Busco a mis viejos conocidos para saludarlos y ponerme al día de los acontecimientos. En estas visitas de seguimiento, he tenido la oportunidad de conversar, primero como adolescentes y luego como adultos jóvenes, con los hijos de los traficantes, que aparecen ocasionalmente en estas páginas como niños pequeños. Mi interacción con ellos me ha proporcionado una muestra más del sufrimiento social que continúa generándose en East Harlem a despecho de las fluctuaciones económicas y la reducción del consumo de drogas entre los jóvenes. Los habitantes más vulnerables de la *inner city* son los hijos de los residentes más jóvenes. El sueño americano se los traga y los regurgita sólo para que, una década más tarde, se vean reciclados a un costo humano y financiero extraordinario por el complejo industrial de las cárceles estadounidenses.

San Francisco, abril de 2002

Introducción

Pana, yo no culpo a nadie aparte de a mí mismo por la situación en la que estoy.

Primo

Me metí en el *crack* en contra de mi voluntad. Cuando llegué a East Harlem, El Barrio,¹ en la primavera de 1985, buscaba un departamento económico en Nueva York donde pudiera escribir un libro sobre la experiencia de la pobreza y la marginación étnica en el corazón de una de las ciudades más caras del mundo. Desde una perspectiva teórica, me interesaba examinar la economía política de la cultura callejera en la *inner city*.^{*} Desde una perspectiva personal y política, deseaba investigar el talón de Aquiles de la nación industrializada más rica del mundo, y documentar la manera en que les impone la segregación étnica y la marginación económica a tantos de sus ciudadanos afronorteamericanos y latinos.

Pensaba que el mundo de las drogas sería solamente uno de los muchos temas que exploraría. Mi intención original era indagar la totalidad de la economía subterránea (no sujeta a impuestos), desde la reparación de autos y el cuidado de niños hasta las apuestas ilegales y el tráfico de drogas. Antes de conocer el vecindario, nunca había escuchado hablar del *crack*, ya que este compuesto quebradizo hecho de cocaína y bicarbonato de sodio, procesados para formar gránulos eficazmente fumables, aún no se había convertido en un producto de venta masiva.² Al concluir mi primer año, sin embargo, la mayoría de mis amigos, vecinos y conocidos habían sido absorbidos por el ciclón multimillonario del *crack*: lo vendían, lo fumaban, se desesperaban por él.

^{*} La expresión *inner city* surgió en los años ochenta en los Estados Unidos como un eufemismo de la palabra “gueto”, que sigue utilizándose en la lengua coloquial para referirse a los enclaves urbanos altamente segregados como el Bronx y Harlem. No hay palabra en español que condense los significados culturales, sociales y políticos que ha llegado a poseer esta expresión. Otros traductores de los artículos de Philippe Bourgois han utilizado frases más extensas como “los distritos pobres de la ciudad central”, “las zonas urbano-marginales” y “las zonas deprimidas de la ciudad”. Aquí hemos decidido conservar la expresión en inglés, siguiendo el criterio de la traducción francesa de este libro (París, Seuil, 2001, traducción de Lou Aubert). Véase también la traducción al italiano que hizo Alessandro De Giorgi (Roma, Derive Approdi, 2005). [N. del T.]

Siguiéndoles el rastro, observé cómo la tasa de homicidios ascendía vertiginosamente en los *tenements** frente a mi edificio hasta convertirse en una de las más elevadas de Manhattan.³ Las ampollas vacías de *crack* crujían bajo los pies de los peatones, tanto en la vereda frente al edificio incendiado y abandonado de la esquina de mi cuadra como en los terrenos baldíos repletos de basura que rodeaban mi edificio. Casi diez años después, cuando la primera edición de este libro iba a la imprenta, los llamados “expertos en drogas” seguían discutiendo la posibilidad de que el país padeciera un serio problema con las drogas mientras esta misma vereda continuaba llenándose de todo tipo de restos derivados de su uso. La única diferencia a mediados de los años noventa era que en las cunetas había jeringas hipodérmicas junto a las ampollas de *crack*. La heroína se había vuelto a sumar al *crack* y a la cocaína como una de las drogas predilectas de los residentes de la *inner city*. Tras bajar el precio y mejorar la calidad de su producto, los proveedores internacionales de heroína recuperaron la participación que habían perdido en el mercado de sustancias psicoactivas.⁴

LA ECONOMÍA SUBTERRÁNEA

Este libro no habla exclusivamente sobre el *crack*. El consumo de drogas en las zonas urbanas es solamente un síntoma –y a la vez un símbolo vivo– de una dinámica profunda de alienación y marginación social. Desde luego, en un plano personal inmediatamente perceptible, la narcodependencia es uno de los hechos más brutales entre los que configuran la vida en las calles. Sin embargo, a la veintena de traficantes con quienes entablé amistad, al igual que a sus familias, no les interesaba mucho hablar acerca de las drogas. Más bien, querían que yo supiera y aprendiera sobre la lucha diaria que libraban por la dignidad y para mantenerse por sobre la línea de pobreza.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, mis vecinos de El Barrio debieron haber sido pordioseros hambrientos y harapientos. Dado el costo de la vida en Manhattan, para la mayoría de ellos debió de haber sido imposible pagar el alquiler y hacer las compras mínimas de alimentos y, además, lograr cubrir el costo de la electricidad y el gas. Según el censo de 1990, el 39,8 por ciento de los residentes de East Harlem en ese año vivían bajo la línea federal de pobreza (en comparación con el 16,3 por ciento de todos los residentes de Nueva York) y un 62,1 por ciento percibía menos del doble del ingreso oficial

que demarca ese nivel. Las manzanas a mi alrededor eran aún más pobres: la mitad de los residentes vivía bajo la línea de pobreza.⁵ Si se toma en cuenta el precio de los bienes y servicios básicos en Nueva York, esto quiere decir que, de acuerdo con las medidas económicas oficiales, más de la mitad de la población de El Barrio no tenía lo necesario para subsistir.

No obstante, la gente no está muriéndose de hambre a gran escala. Muchos niños y ancianos carecen de dietas adecuadas y padecen frío en el invierno, pero la mayor parte de la población viste adecuadamente y goza de buena salud. Rehuyendo tanto el censo como los impuestos, la inmensa economía subterránea permite que cientos de miles de neoyorquinos vecinos de barrios como East Harlem logren subsistir, aunque sea con el mínimo de las facilidades que los estadounidenses perciben como sus necesidades básicas. Mi principal propósito era estudiar los métodos alternativos de generación de ingresos, las estrategias en las que los jóvenes de mi vecindario parecían invertir mucho de su tiempo y energía.

A lo largo de las décadas de 1980 y 1990, poco más de una de cada tres familias en El Barrio recibía asistencia pública.⁶ Los responsables de estos hogares pobres se veían obligados a buscar ingresos suplementarios para mantener vivos a sus hijos. Muchas eran madres que optaban por cuidar a los hijos de algún vecino o por limpiar la casa de algún inquilino. Otras trabajaban por las noches como cantineras en las casas de baile o en los clubes sociales dispersos por el vecindario. Algunas trabajaban en sus casas como costureras sin registrar para contratistas de las compañías textiles. Muchas otras, sin embargo, se veían obligadas a entablar relaciones amorosas con hombres capaces de ayudar a sufragar los gastos del hogar.

Las estrategias masculinas en la economía informal eran mucho más visibles. Algunos reparaban automóviles en las calles; otros esperaban en la entrada de los edificios a cualquier subcontratista que deseara emplearlos en tareas nocturnas informales, como la reparación de ventanas y la demolición de edificios. Muchos vendían “bolita”, la versión callejera de las apuestas hípcas. El grupo más conspicuo, el que vendía pequeñas cantidades de una u otra droga ilegal, formaba parte del sector multimillonario más robusto de la pujante economía clandestina. La cocaína y el *crack*, sobre todo a mediados de los años ochenta y principios de los noventa, seguidos por la heroína y la marihuana desde mediados de los años noventa hasta finales de la década de 2000, representaban si no la única fuente de empleo igualitario para la población masculina de Harlem, al menos la de mayor crecimiento. La venta de drogas continúa superando holgadamente cualquier otra fuente de generación de ingresos, tanto legal como ilegal.⁷

La calle frente a mi edificio no era atípica, y dentro de un radio de dos cuadras era posible comprar *crack*, heroína, cocaína en polvo, valium, polvo de án-

* Edificios angostos construidos en Nueva York durante el siglo XIX y principios del XX para el alquiler de departamentos económicos. [N. del T.]

gel,⁸ metadona, marihuana, mescalina, jeringas, alcohol de contrabando y tabaco. A cien metros de mi edificio, tres casas de *crack* vendían ampollas de droga a 2, 3 y 5 dólares. Unas calles más abajo, en una de las varias “fabriquillas de pastillas” [*pill mill*] del vecindario, un médico distribuyó 3,9 millones de dólares en recetas de Medicaid* en un solo año y obtuvo casi un millón de dólares por sus servicios. El 94 por ciento de sus “medicinas” estaba en la lista de los “fármacos recetados de los que se abusaba con mayor frecuencia” del Departamento de Servicios Sociales. Los beneficiarios de estas prescripciones revendieron la mayor parte de las píldoras que recibieron, ya sea al por menor en las esquinas o al por mayor a precio de descuento en las farmacias. En la cuadra donde yo vivía, arriba de la casa de *crack* donde llegaría a pasar gran parte de mi tiempo por las noches, otra clínica insalubre repartía sedantes y estupefacientes a una multitud de adictos demacrados. Los heroinómanos, sedientos y apiñados, esperaban la llegada de la enfermera encargada de levantar los portones no señalizados de la clínica, y absortos la veían fijar, sobre la ventana forrada de linóleo, un cartel de cartón escrito a mano que anunciaba: “LLEGÓ EL DOCTOR”. Nunca pude investigar el volumen de negocios de esta clínica porque las autoridades nunca la allanaron. Sin embargo, en el caserío público frente a la mencionada “fabriquilla”, la policía del Instituto Neoyorquino de Vivienda arrestó a una madre de cincuenta y dos años y a sus hijas de veintidós y dieciséis en el momento en que empacaban diez kilos de cocaína adulterada en ampollas *jumbo* de un cuarto de gramo. Estas empresarias se habrían embolsado más de un millón de dólares de haber vendido toda su mercancía. Al allanar el departamento, la policía encontró \$25 000 en billetes de bajas denominaciones.

En otras palabras, hay millones de dólares al alcance de los jóvenes que crecen en los *tenements* y los complejos habitacionales de East Harlem. ¿Por qué esperar, entonces, que estos jóvenes estén dispuestos a tomar el tren todos los días para ir a trabajar a las oficinas del distrito financiero para ganar salarios mínimos, cuando pueden ganar mucho más dinero vendiendo drogas en la esquina o en el patio escolar? Siempre me sorprende que tantos hombres y mujeres de la *inner city* permanezcan aferrados a la economía legal, trabajando de nueve de la mañana a cinco de la tarde más algunas horas extra, para ganar apenas lo suficiente para cubrir sus gastos básicos. De acuerdo con el censo de 1990, el 48 por ciento de todos los varones y el 35 por ciento de todas las mujeres mayores de dieciséis años de East Harlem tenían empleos legales, en comparación con el 64 por ciento de los varones y el 49 por ciento de las mu-

* Seguro de salud del gobierno de los Estados Unidos destinado a personas con bajos ingresos. [N. del T.]



Fuentes: Housing Environments Research Group of New York; Kevin Keamey, New York City Housing Authority; New York City Department of City Planning.

jeros de toda la ciudad.⁹ Los datos de mi vecindario indicaban que el 53 por ciento de todos los varones mayores de dieciséis años (1923 de un total de 3647) y el 28 por ciento de todas las mujeres (1307 de un total de 4626) trabajaban legalmente en empleos reconocidos por la oficina del censo. Un 17 por ciento adicional de la fuerza laboral se declaraba sin trabajo pero en busca de empleo, comparado con un 16 por ciento en El Barrio y un 9 por ciento en todo Nueva York.¹⁰

Es difícil y arriesgado emplear las estadísticas del censo para hacer generalizaciones sobre la *inner city*. Varios estudios encargados por la Oficina Censal demuestran que entre un 20 y un 40 por ciento de los jóvenes afroamericanos y latinos entre los diecisiete y los veinticuatro años de edad no aparecen en sus estadísticas. Muchos de ellos se ocultan deliberadamente, pues temen sufrir represalias por participar en la economía subterránea.¹¹ El Instituto Neoyorquino de Vivienda (NYCHA, por sus siglas en inglés) ha intentado medir la magnitud del encubrimiento en los sectores de bajos ingresos. En un informe de 1988, el Instituto compara y analiza los crecientes gastos de mantenimiento del Departamento de Bienestar Público con los de la Junta de Educación y determina que la población que vive en sus departamentos supera en un 20 por ciento el número que registra el censo.¹² Estas y otras cifras nos permiten hacer un cálculo aproximado de los números específicos para East Harlem y el microvecindario donde llevé a cabo mi trabajo de campo. Si suponemos que existe igual proporción entre las personas de ambos sexos, el desequilibrio entre el número de hombres y mujeres mayores de dieciséis años (3647 contra 4626) en las cuadras aledañas a mi edificio indica que alrededor de 979 varones (el 21 por ciento) eludieron el conteo oficial. Para la ciudad en su totalidad, hubiese sido necesario agregar un 16 por ciento de varones mayores de dieciséis años para obtener un equilibrio perfecto entre adultos de ambos sexos. En El Barrio, el 24 por ciento de los hombres no figuró en las estadísticas oficiales.

Resulta aún más complicado determinar el volumen de la economía subterránea, por no mencionar el narcotráfico.¹³ El censo, por definición, no proporciona datos sobre el tema. Si suponemos que en las zonas urbanas el conteo oficial excluye a menos familias que individuos, una estrategia para medir la economía informal sería tomar en cuenta el número de familias que declara no recibir ingresos por concepto de "jornal o salario". Esta medida comparativa, sin embargo, sólo puede ser rudimentaria, ya que algunas familias se autoemplean en labores legítimas o viven de la jubilación. Además, muchas personas involucradas en la economía sumergida trabajan simultáneamente en empleos legalmente registrados. Este método alternativo tampoco logra medir el narcotráfico, porque gran parte de las familias que complementan sus ingresos con actividades irregulares tienen empleos lícitos y se mantienen al margen de las drogas. No obstante, se debe suponer que un gran número de hogares que no declaran

Tabla 1
Indicadores sociales comparativos por vecindario según el censo de 1990

	Número de habitantes	% de puertorriqueños	% de afroamericanos	% de habitantes bajo el nivel de pobreza	% de hogares con asistencia pública	% de hogares sin jornal ni salario	% de mujeres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 fallantes en relación con # de mujeres > 16
Microvecindario de la casa de <i>crack</i>	11 599	56	33	49	42	46	28	53	21
East Harlem	110 599	52	39	40	34	40	35	48	24
Nueva York	7 322 564	12	25	19	13	26	49	64	16

Fuentes: New York City Department of City Planning, Population Division 1992 [Agosto 26]; New York City Department of City Planning 1993 [Marzo]; New York City Department of City Planning 1993 [Diciembre]; 1990 Census of Population and Housing Block Statistics.

salarios dependen de una combinación de ingresos clandestinos, entre los cuales la venta de drogas puede representar una fuente importante.

En todo caso, según las estadísticas oficiales, durante los años ochenta el 40 por ciento de los hogares de El Barrio no ganaba ingresos sujetos a impuestos, en comparación con el 26 por ciento de toda la ciudad de Nueva York. Los vecinos de las manzanas a mi alrededor estaban un poco más implicados en la economía clandestina, pues sólo el 46 por ciento de los 3995 hogares recibía sueldo o salario.

El número de hogares beneficiarios de la asistencia pública [*welfare*] representa otra medida útil para calcular el volumen de la economía informal. Es evidente que ninguna familia puede vivir únicamente de la asistencia federal, y que cualquier ingreso que declare se le descontará del cheque que recibe quincenalmente así como de su cuota mensual de cupones alimenticios. En las cuadras cercanas a mi edificio, el 42 por ciento de los hogares recibía ayuda federal, en contraste con el 34 por ciento de todos los hogares de East Harlem y el 13 por ciento de toda la ciudad de Nueva York.¹⁴

LA CULTURA DE LAS CALLES: RESISTENCIA Y AUTODESTRUCCIÓN

Cuando se aventuran fuera de su vecindario, los jóvenes de El Barrio a menudo enfrentan un ataque cultural que agrava la angustia de nacer y crecer pobres en la ciudad más rica del mundo. Esto ha producido en Nueva York lo que yo llamo la “cultura callejera de la *inner city*”: una red compleja y conflictiva de creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías que ha ido tomando forma como una respuesta a la exclusión de la sociedad convencional. La cultura de la calle erige un foro alternativo donde la dignidad personal puede manifestarse de manera autónoma.

En el caso particular de los Estados Unidos, la concentración de poblaciones socialmente marginadas en enclaves deprimidos, ecológica y políticamente aislados del resto de la sociedad, ha fomentado una explosiva creatividad cultural como desafío al racismo y a la subordinación económica. Esta cultura callejera de resistencia no es un universo consciente o coherente de oposición política. Por el contrario, es un conjunto espontáneo de prácticas rebeldes que se ha forjado paulatinamente como un modo, un estilo, de oposición. Irónicamente, a través del mercado de la música, la moda, el cine y la televisión, la sociedad convencional suele absorber estos estilos antagónicos, y los recicla como “cultura popular”.¹⁵ En efecto, algunas de las expresiones lingüísticas elementales con las que la clase media norteamericana se refiere a la autoestima (tales como *cool*, *square* o *hip*) se acuñaron en las calles de la *inner city*.



“Repoblación de El Barrio”. El portero de este edificio abandonado colocó un grupo de peluches en las ventanas como protesta ante el deterioro de su cuadra, que se había convertido en un paraíso para el narcotráfico. Fotografía de Henry Chalfant

La búsqueda de los medios necesarios para hacer uso y abuso de narcóticos configura la base material de la cultura callejera contemporánea. Esto la hace mucho más poderosa y atractiva de lo que lo fue para generaciones anteriores. El comercio ilegal que ella supone, sin embargo, arrastra a la mayoría de sus participantes hacia una vida de violencia y adicción. Por lo tanto, y paradójicamente, la cultura callejera de resistencia interioriza la rabia y organiza la destrucción de sus participantes y de la comunidad que los acoge. En otras palabras, pese a que la cultura callejera surge de una búsqueda de dignidad y del rechazo del racismo y la opresión, a la larga se convierte en un factor activo de degradación y ruina, tanto personal como de la comunidad.



Mural conmemorativo de un joven asesinado cerca del Salón de Juegos, que aspiraba a convertirse en boxeador profesional. Foto de Óscar Vargas

Debe destacarse que la mayoría de los residentes de El Barrio se mantiene al margen de las drogas.¹⁶ El problema es que los ciudadanos que obedecen las leyes han perdido el control del espacio público. Independientemente de sus números absolutos o su porcentaje relativo, la población de Harlem que trabaja con dedicación sin consumir ni traficar drogas se ve obligada a atrincherarse y a tomar una posición defensiva. La mayoría vive con miedo o incluso con desdén hacia su vecindario. La angustia de las madres y los padres es tal, que encierran a sus hijos en sus casas en un firme intento por aislar-

los de la influencia de las calles. Viven con la esperanza de mudarse a otro lugar.

En otras palabras, los narcotraficantes que protagonizan este libro representan una pequeña minoría de los residentes de East Harlem, pero son ellos quienes han implantado el tono de la vida pública. Les imponen el terror a los vecinos, especialmente a las mujeres y los ancianos, que temen sufrir asaltos y agresiones. A la mayoría de los vecinos, el espectáculo de adictos demacrados congregados en las esquinas les inspira lástima, tristeza y rabia. Sin embargo, día tras día, los traficantes callejeros les ofrecen a los jóvenes que crecen a su alrededor un estilo de vida emocionante y atractivo, a pesar de su perfil violento y autodestructivo.

Independientemente de su marginalidad en números absolutos, no se puede desestimar a los individuos que acaparan la hegemonía en la *inner city*; debe hacerse el intento de entenderlos. Por esta razón, quise que en los años que viví en El Barrio mis mejores amigos fueran adictos, ladrones y traficantes. No hay lugar donde el calvario de los guetos estadounidenses se manifieste con mayor claridad que en el mundo de las drogas. Tomo prestado el cliché: “En lo extraordinario puede verse lo ordinario”. Los adictos y traficantes de este libro representan respuestas extremas y quizá algo caricaturescas a la pobreza y la segregación. No obstante, nos ayudan a entender los procesos que experimentan poblaciones vulnerables que enfrentan cambios acelerados en la estructura de su sociedad en un contexto de opresión política e ideológica. No hay nada excepcional en la experiencia puertorriqueña en Nueva York, salvo que los costos humanos de la inmigración son mucho más evidentes por la rapidez y amplitud con que Estados Unidos colonizó y desarticuló la economía y la organización política de Puerto Rico. El único aspecto de su experiencia que merece calificarse como extraordinario es la manera en que los inmigrantes de la segunda y tercera generación continúan reinventando y expandiendo las formas culturales de la isla en torno a los temas de la dignidad y la autonomía. Tanto es así que un grupo de intelectuales puertorriqueños suele referirse a la “mentalidad de oposición” de Puerto Rico, forjada frente al hecho de una larga experiencia colonial.¹⁷

LOS ESTEREOTIPOS Y LA METODOLOGÍA ETNOGRÁFICA

Cualquier examen detallado de la marginación social enfrenta serias dificultades con respecto a la política de la representación, especialmente en los Estados Unidos, donde los debates sobre la pobreza tienden a polarizarse de inmediato en torno a ideas preconcebidas sobre la raza y los méritos individuales.

Por lo tanto, me preocupa que los análisis de historias personales presentados en este libro se malinterpreten como un intento de estereotipar a los puertorriqueños o como un retrato hostil de los pobres. He librado una lucha interna sobre estos asuntos por muchos años, pues concuerdo con los científicos sociales críticos del tono paternalista con que los tratados académicos y la literatura periodística estadounidenses acostumbra a tratar el tema de la pobreza.¹⁸ Sin embargo, el combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad de la clase media hacia los pobres no debe acometerse al costo de “desinfectar” las calles de la *inner city* y presentarlas como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen. Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o “políticamente incómoda”, pues eso me haría cómplice de la opresión.¹⁹

Es por lo tanto lógico que este libro encare las contradicciones inherentes a la representación de la marginación social en los Estados Unidos mediante la exposición de los acontecimientos brutales sin censura, tal como los experimenté o como me los relataron quienes participaron en ellos. En ese proceso, he hecho el esfuerzo de construir una concepción crítica de la *inner city* estadounidense. Por ello, la forma en que organizo mis temas centrales y presento las vidas y conversaciones de los traficantes de *crack* tiene como fin subrayar la relación entre las restricciones estructurales y las acciones individuales. Utilizo el marco analítico de la teoría de la producción cultural y me apoyo en el feminismo con el propósito de avanzar hacia una comprensión de la experiencia de la pobreza y la marginación social desde la perspectiva de la economía política. Tal comprensión sería inconcebible sin reconocer el papel activo de la cultura y la autonomía de los individuos, así como el rol fundamental de las relaciones entre los sexos y la esfera doméstica.

Como ya he señalado, las técnicas tradicionalmente cuantitativas de la investigación social, que dependen de las estadísticas de la Oficina Censal por un lado y de las encuestas de muestreo en los vecindarios por el otro, son incapaces de aportar información confiable sobre las personas que sobreviven en la economía informal, y mucho menos sobre las que venden o consumen drogas. Una persona social, cultural y económicamente subordinada suele mantener relaciones negativas con la sociedad dominante y desconfiar de los representantes de dicha sociedad. Los adictos y traficantes jamás le admitirían al encargado de una encuesta, por más amable o sensible que parezca, los detalles íntimos acerca de su consumo de drogas, por no mencionar sus actividades delictivas. Como resultado, es común que los sociólogos y criminólogos que con tanto esmero efectúan encuestas epidemiológicas sobre el delito y el consumo de narcóticos recopilen un sinnúmero de falsedades. No hace falta ser adicto o traficante para querer esconder los detalles de las actividades ilícitas

propias. Los ciudadanos “honestos” también participan en la economía informal cuando falsean los datos en los formularios fiscales con el fin de pagar menos impuestos. En fin, ¿cómo esperar que una persona experta en asaltar ancianos suministre información precisa sobre sus estrategias de generación de ingresos?

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Por lo general, los etnógrafos viven en las comunidades que estudian y cultivan vínculos estrechos de larga duración con las personas que describen. Para reunir “datos precisos”, los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos.

Con esta meta en mente, amanecí en la calle y en las casas de *crack* en cientos de oportunidades, para poder observar a los adictos y a los traficantes que protagonizan este libro. Por lo general, utilicé un grabador para documentar sus conversaciones e historias personales. Visité a sus familias para participar en sus fiestas y reuniones íntimas, desde la cena de Acción de Gracias hasta el Año Nuevo. Pude entrevistarme, y en muchos casos entablé amistad, con las esposas, amantes, hermanos, madres, abuelas y, cuando fue posible, con los padres y padrastros de los vendedores de *crack* que aparecen en estas páginas. También dediqué tiempo a entrevistar a los políticos locales y a asistir a las reuniones de las instituciones comunales.

La explosión de la teoría posmodernista dentro de la antropología en los años ochenta y noventa puso en entredicho el mito de la autoridad etnográfica y denunció la jerarquía inherente a la política de la representación antropológica. La autorreflexión, reivindicada por los posmodernistas, resultó ser necesaria y útil en mi caso: yo venía de afuera, procedente de las categorías dominantes de clase, etnia y sexo, a intentar estudiar la experiencia de los puertorriqueños pobres en la *inner city*. Quiero reiterar que mi preocupación por estos problemas se manifiesta en la forma en que he editado y contextualizado las conversaciones transcriptas. Tal preocupación ha quedado reflejada en la estructura misma del libro.

Mientras editaba miles de páginas de transcripciones, llegué a valorar el cliché deconstruccionista de “la cultura como texto”. También reconocí que mi estrategia de investigación era de naturaleza colaborativa y, por lo tanto, también contradictoria. Aunque la calidad literaria y la fuerza emocional de este libro dependan completamente de las palabras claras y fluidas de los persona-

jes principales, siempre tuve la última palabra con respecto a cómo iban a transmitirse, y si iban a transmitirse, en el producto final.²⁰

Como he sacado a relucir el fantasma de las críticas teóricas postestructuralistas, quiero expresar mi desazón ante las tendencias profundamente elitistas de muchos adeptos del posmodernismo. La “política” de la deconstrucción suele limitarse a una retórica hermética y cerrada sobre la “poética” de la interacción social, con clichés dirigidos a explorar las relaciones entre el yo y el otro. Los etnógrafos posmodernistas se consideran subversivos, pero su oposición a la autoridad se concentra en críticas hiperletradas de las formas por medio de un vocabulario evocativo, una sintaxis extravagante o juegos polifónicos, en vez de ocuparse de las luchas cotidianas concretas. Sus debates entusiasman sobre todo a los intelectuales alienados suburbanizados, en efecto desconectados de las crisis sociales de los desempleados de la *inner city*. La autorreflexión de estos intelectuales con frecuencia degenera en celebraciones narcisistas de su privilegio. Asimismo, el deconstruccionismo radical hace imposible categorizar o priorizar las experiencias de injusticia y opresión, lo que sutilmente niega la experiencia auténtica de sufrimiento que les es impuesta, social y estructuralmente, a tantos individuos a través de las categorías de raza, clase, género y sexualidad y otras, en las que se pone en juego el poder.

Más allá de las luchas teóricas internas de los académicos, las técnicas de observación participante de la antropología social, si bien ofrecen un discernimiento inigualable a nivel metodológico, también están plagadas de tensiones analíticas fundamentales. Históricamente, los etnógrafos han evitado abordar temas tabúes como la violencia personal, el abuso sexual, la adicción, la alienación y la autodestrucción.²¹ Parte del problema surge a raíz de uno de los paradigmas de la antropología funcionalista, que impone orden y comunidad en sus proyectos de estudio. Por otro lado, la observación participante requiere de la injerencia personal de los etnógrafos en las circunstancias investigadas, lo que a menudo los incita a omitir las dinámicas negativas porque deben establecer lazos de empatía con las personas que estudian y necesitan su autorización para vivir con ellas. Esto puede conducir a diversas formas de autocensura que acaban afectando las cuestiones y los entornos examinados. Por un lado, es más fácil obtener el consentimiento de las personas si se investigan exclusivamente temas inofensivos o pintorescos. Por el otro, los ambientes extremos llenos de tragedia humana, como lo son las calles de El Barrio, pueden resultar física y psicológicamente abrumadores.

La obsesión de la antropología por “el otro exótico” ha disminuido el interés de los etnógrafos por estudiar sus propias sociedades y los expone al riesgo de exotizar sus hallazgos cuando el proyecto de estudio está cerca de casa. Tuve que vigilar que mi propia investigación no se convirtiera en una celebración *voyeurista* de los traficantes y de la cultura callejera en la *inner city*. La no-

table escasez de estudios etnográficos sobre la pobreza urbana, especialmente en los años setenta y ochenta, tiene mucho que ver con el temor de sucumbir a la pornografía de la violencia, que acaso sólo sirva para reforzar los estereotipos racistas existentes. La mayoría de los etnógrafos producen análisis comprensivos desprovistos de toda mirada crítica hacia los grupos y culturas que estudian. De hecho, tal suposición está entronizada en el credo antropológico del relativismo cultural: las culturas nunca son buenas o malas; sencillamente, poseen una lógica interna. Pero la realidad es que el sufrimiento es espantoso, disuelve la integridad humana, y los etnógrafos suelen impedir que sus sujetos de estudio luzcan repulsivos o desagradables. El impulso de “desinfectar” a los vulnerables ejerce un poder singular en los Estados Unidos, donde las teorías de acción individual que “culpan a la víctima” y presuponen la supervivencia del más apto constituyen el “sentido común”. Como resultado, casi puede garantizarse que el público en general desfigurará las representaciones etnográficas de la marginación con una lente implacable y conservadora. La obsesión de los estadounidenses con el determinismo racial y con el concepto de mérito personal ha terminado por traumatizar a los intelectuales, menoscabando su capacidad para discutir temas como la pobreza, la discriminación étnica y la inmigración.

Por otra parte, la manera popular en que se concibe la relación entre el fracaso individual y las ataduras sociales estructurales tiene muy pocos matices en los Estados Unidos. Los intelectuales han abandonado la lucha y se han lanzado a efectuar retratos puramente positivos de las poblaciones desfavorecidas. Quienes han sido pobres o han vivido en vecindarios de bajos recursos reconocen que estas representaciones son completamente falsas.²² Este problema se manifiesta en numerosos escenarios académicos donde presento los temas de este libro. Muchos colegas progresistas o nacionalistas culturales, que suelen proceder de la clase media, parecen incapaces de escuchar mis planteamientos. Algunos reaccionan indignados al ver imágenes superficiales fuera de contexto. Parecen estar tan aterrados ante la posibilidad de proyectar “connotaciones negativas” que se sienten obligados a descartar todo mensaje amargo antes de escucharlo. Lo irónico es que muchas de sus críticas en estos foros expresan los puntos básicos de lo que intento exponer en estas páginas sobre la experiencia individual de la opresión social estructural.

UNA CRÍTICA DE LA CULTURA DE LA POBREZA

El Barrio y la experiencia de los puertorriqueños en los Estados Unidos han suscitado una vasta producción bibliográfica. A los puertorriqueños se los ha

llamado “el grupo más indagado pero peor comprendido de los Estados Unidos”.²³ El último estudio etnográfico realizado en El Barrio que recibió atención nacional fue *La vida: una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza*, del antropólogo Oscar Lewis.* Elaborado a mediados de los años sesenta, este estudio ilustra claramente los problemas de la metodología etnográfica y, más específicamente, los riesgos del análisis de las historias personales. De hecho, junto con el informe de 1965 sobre las familias afronorteamericanas, realizado por Daniel Patrick Moynihan, *La vida...* suele mencionarse como uno de los libros responsables de ahuyentar a toda una generación de científicos sociales de la *inner city* estadounidense.²⁴ Lewis reunió miles de páginas de relatos personales de una familia puertorriqueña en la que la mayor parte de las mujeres ejercían la prostitución. La teoría de la “cultura de la pobreza” que desarrolló a partir de estas historias, además de otros datos etnográficos recopilados en México, hace hincapié en lo que el antropólogo llama la transmisión patológica de valores y de comportamientos destructivos dentro de las familias. Enraizado como estaba en el paradigma de cultura y personalidad de Freud predominante en la antropología estadounidense de los años cincuenta, su análisis pasa por alto el modo en que la historia, la cultura y las estructuras económico-políticas como las del colonialismo restringen la vida de los individuos. Cuarenta años más tarde, es fácil criticarle a Lewis su marco teórico simplista. Sus interpretaciones del carácter y las experiencias de los pobrísimos inmigrantes puertorriqueños adhieren al determinismo psicológico y caen en el individualismo extremo, lo que omite la explotación de clases, la discriminación étnica y desde luego la opresión machista, así como las sutilezas de los significados culturales en su debido contexto. En todo caso, pese a la falta de rigor académico, el libro de Lewis sobre la vida cotidiana en El Barrio y en los arrabales de Puerto Rico sintonizó con la propagada noción de “responsabilidad personal”, herencia de la ética protestante del trabajo, y significó un éxito editorial en los Estados Unidos. La intención crítica del autor y su empatía hacia los grupos marginados no impidieron que su obra se interpretara como una de las cristalizaciones del desdén profundo que la ideología estadounidense siente hacia los “pobres sin dignidad”.

No es casualidad que un antropólogo acuñara el concepto de la cultura de la pobreza a la vez que orientaba la colección de datos etnográficos hacia el comportamiento individual. Si bien los métodos de observación participante le otorgan a la disciplina un acceso privilegiado a las acciones de los indivi-

duos, es imposible tocar las estructuras del poder y la historia, o hablarles directamente. En el contexto neoyorquino de los puertorriqueños, los actos autodestructivos de las personas que buscan la supervivencia en las calles deben situarse en una larga historia de hostilidad interétnica y de dislocaciones sociales. En mis años en East Harlem, sumido como estaba en lo que parecía un torbellino de sufrimiento, era difícil percibir las relaciones de poder que configuraban el enjambre de interacciones humanas que sucedían a mi alrededor. Inmerso en el calor de la vida en El Barrio, sentía una confusa ira hacia las víctimas, los victimarios y la rica sociedad industrializada que logra engendrar tal nivel de sufrimiento. Una noche me encontré con una amiga embarazada que fumaba *crack* desesperadamente, y así destinaba a su bebé a una vida de trastornos personales y un cerebro inerte. ¿Qué sentido tenía invocar la historia de opresión y humillación colonial de su gente o reconocer su posición en la metamorfosis económica de Nueva York? Enfrascado en el infierno del grupo que los estadounidenses llaman su “clase inferior”,* yo, al igual que mis vecinos e incluso las mujeres embarazadas adictas al *crack*, con frecuencia culpé a la víctima.

El análisis económico-político no es una panacea que pueda compensar las interpretaciones individualistas, acusatorias y racistas de la marginación social. Acentuar las estructuras sociales puede opacar el hecho de que las personas no son víctimas pasivas, sino sujetos activos de su propia historia. De hecho, la cualidad principal de la metodología etnográfica es que permite el surgimiento de los “peones” de las fuerzas estructurales; los enfoca para que se reconozcan como seres humanos que construyen su propio destino. Sin embargo, en numerosas ocasiones me sorprendí a mí mismo recurriendo al estructuralismo más rígido como un método para apartar la vista de las personas que se autodestruían en su lucha por sobrevivir. Cabe reiterar que este problema puede entenderse en el contexto del debate teórico acerca del rango de acción de las personas *versus* la estructura social,** es decir, la relación entre la responsabilidad individual y las restricciones sociales estructurales. Las observaciones incisivas de las teorías de la producción cultural y la reproducción social, sobre todo la idea de que la resistencia de la cultura callejera frente a la subordinación social es la clave contradictoria que explica su ímpetu destructivo, resultan útiles para evitar las interpretaciones simplistas. Por medio de las prácticas culturales antagónicas, los individuos le dan forma a la opresión que las fuerzas más grandes les imponen.²⁵

* Véase la traducción al español realizada por el escritor puertorriqueño José Luis González (México, Joaquín Mortiz, 1969).

* *Underclass* en inglés. [N. del T.]

** “*Structure versus agency*” en inglés. [N. del T.]

La dificultad de vincular las acciones individuales y la economía política, sumada a la timidez personal y política de los etnógrafos estadounidenses a partir de los años setenta, ha nublado nuestra comprensión de los mecanismos y experiencias de la opresión. Se me hace imposible resolver el debate que contrapone el rango de acción de los individuos a la estructura social. Tampoco puedo superar mi desconfianza de que algunos lectores hostiles vayan a malinterpretar mi etnografía como un método más de “calumniar a los pobres”. Sin embargo, desde una perspectiva personal y ética, así como analítica y teórica, siento la obligación de exponer sin censura los horrores que presencié entre las personas con quienes trabé amistad.²⁶ Se debe hablar abiertamente y enfrentar el profundo dolor provocado por la pobreza y el racismo en los Estados Unidos, aunque hacerlo nos perturbe o incomode. He documentado una gama de estrategias ideadas por los pobres urbanos para eludir las estructuras de segregación y marginación que los encierran, incluso aquellas que los llevan a infligirse sufrimiento a sí mismos. Escribo este libro con la esperanza de que “la antropología pueda ser un foco de resistencia” y con la convicción de que los científicos sociales pueden y deben “enfrentarse al poder”.²⁷ Al mismo tiempo, aún me preocupa la repercusión política de mostrar los detalles minuciosos de la vida de los pobres y los desfavorecidos, pues bajo el microscopio etnográfico todos tenemos verrugas y podemos parecer monstruos. Además, como señaló la antropóloga Laura Nader a principios de los años setenta, “es peligroso estudiar a los pobres, porque todo lo que se diga sobre ellos se usará en su contra”.²⁸ No estoy seguro de que sea posible presentar la historia de mis tres años y medio como residente de El Barrio sin caer presa de una pornografía de la violencia o convertirme en un *voyeur* racista: en última instancia, el problema y la responsabilidad también están del lado del observador.

1. Etnia y clase: el *apartheid* estadounidense

*Felipe, nos encanta oírte hablar.
Suenas igualito a un comercial de la tele.
Una niña de ocho años*

Mi trabajo de campo en las calles de El Barrio casi acaba desastrosamente a mitad de camino cuando, involuntariamente, le “falté el respeto” a Ray, el dueño de las casas de *crack* donde pasé gran parte de mi tiempo entre 1985 y 1990. Era poco después de la medianoche y Ray visitaba su punto de venta más lucrativo para asegurarse de que el gerente del turno de la madrugada hubiera abierto el local puntualmente. A esa hora el negocio alcanzaba su auge y este exitoso empresario del *crack*, un voluminoso puertorriqueño de treinta y dos años, se encontraba rodeado de un séquito de empleados, amigos y personas que deseaban conocerlo: todos querían llamar su atención. Estábamos en la esquina de la calle 110 frente a la entrada del subterráneo de la Avenida Lexington, delante del edificio tipo *tenement* de cuatro pisos que ocupaban sus traficantes. Ray había camuflado el primer piso del edificio como un club social y un salón de billar nocturnos. Él y sus empleados se habían criado en el edificio antes de que el dueño italiano lo quemara para cobrar el seguro. Desde hacía mucho tiempo, esta esquina era conocida como La Farmacia por la cantidad insólita de sustancias psicoactivas que se conseguían allí, desde las drogas más comunes, como heroína, Valium, cocaína en polvo y *crack*, hasta las más sofisticadas y poco convencionales, como la mesalina y el polvo de ángel.¹

LA MALICIA DE LAS CALLES

En retrospectiva, me avergüenza que mi falta de astucia callejera me haya llevado a humillar, aunque fuera de manera accidental, al hombre responsable de asegurar no sólo mi acceso al mundo del *crack*, sino también mi bienestar físico. Pese a mis dos años y medio de experiencia en las casas de *crack* en ese entonces, quizá estuvo justificado que me dejara seducir por la atmósfera amistosa de una noche. Ray reía y conversaba recostado sobre el paragolpes de su Mercedes dorado. Sus empleados y seguidores también estaban alegres, pues “el jefe” acababa de invitarnos a una ronda de cervezas y había prometido

traer langosta del único restaurantucho chino que sobrevivía en la cuadra. A todos nos entusiasmaba ver a Ray de buen humor. Lo volvía capaz de una generosidad impredecible, en contraste con la rudeza que lo caracterizaba. La noche era joven y cálida. Los heroinómanos demacrados y los adictos al *crack* o a la cocaína intravenosa, congregados en la esquina de La Farmacia veinticuatro horas al día, siete días a la semana, se habían replegado por respeto a la vereda de enfrente. De vez en cuando miraban nuestro grupo con envidia. Teníamos el espacio bajo control.

Quizá también fuera normal que yo quisiera ostentar mi relación con el “bichote” de la cuadra, una relación que cada día era más estrecha y más privilegiada. En los primeros días de esa semana, Ray me había contado los detalles íntimos de su pasado como *stick-up artist*, o “artista” del asalto a mano armada. Según su relato, se especializaba en asaltar puntos de venta de droga hasta que un vigilante lo emboscó mientras huía de un punto de heroína con \$14 000. La fuga terminó en un tiroteo de techo a techo y una condena de cárcel de cuatro años y medio. La hermana de Ray cubrió la fianza con los \$14 000 robados que Ray logró ocultar antes de que lo arrestaran en un envase de alquitrán para techar.

Quizá también yo bajara la guardia porque, minutos antes, Ray había hecho alarde frente a todos de que me había comprado una Heineken, en vez de la Budweiser 15 centavos más barata que les había dado a los demás. “Felipe, ¿tú bebes Heineken, no?”, preguntó en voz alta para que todos oyeran. Me sentí aún más privilegiado cuando él mismo se compró una Heineken, como para distinguirnos a los dos, con nuestras botellas verdes de cerveza importada, de los bebedores comunes de la calle.

Metido de lleno en este ambiente, pensé que era un buen momento para compartir el pequeño éxito mediático que había logrado esa mañana: una foto mía en la página 4 del *New York Post* junto al presentador de televisión Phil Donahue, tomada durante un debate sobre el crimen en East Harlem celebrado en el horario pico televisivo.² Yo esperaba que esto impresionara a Ray y a su camarilla y aumentara mi credibilidad como un “profesor de veras”, con acceso al “mundo blanco” de la televisión diurna, pues en ese entonces, algunos miembros de la red de Ray continuaban sospechando que yo era un impostor, un adicto charlatán o un pervertido que se hacía pasar por un “profesor presumido”. Peor aún, mi piel blanca y mi procedencia de una clase social ajena al vecindario mantuvo a algunos convencidos hasta el final de mi estadía de que en realidad yo era un agente antinarcóticos en una misión encubierta. La foto en el diario era una manera de legitimar mi presencia.

Noté que Ray se contrajo e hizo una cara extraña cuando le pasé el periódico, pero ya era demasiado tarde para detenerme. Yo ya había gritado: “¡Ey Big Ray, mira mi foto en el periódico!”, en voz alta para que todos escucharan.

Media docena de voces habían empezado a pedirle que leyera el epígrafe de la foto. Ray hacía un intento torpe por manejar el diario y reinó un silencio ansioso mientras la brisa volteaba las páginas. Quise ayudarlo señalando con el dedo el punto donde comenzaba el texto, pero él se agitó, fingió indiferencia y trató de lanzar el diario a la cuneta. Sin embargo, sus admiradores le pidieron con más firmeza que leyera. “¡Vamos, Ray! ¿Qué pasa? ¿Qué dice la foto? ¡Lee, lee!” Ya incapaz de salvar las apariencias, inclinó el periódico hacia el ángulo en el que la luz de la calle le era más favorable y frunció el ceño con un gesto de concentración intensa. En una ráfaga de lucidez, por fin reconocí el problema: Ray no sabía leer.

Desafortunadamente lo intentó. Tropezó angustiosamente por el epígrafe (titulado, irónicamente, “La calma después de la tormenta”) con una cara tan contorsionada como la de un estudiante de primaria a quien su maestro ha señalado para ridiculizarlo. El silencio que habían mantenido sus acompañantes se fue resquebrajando con risas ahogadas. La herida de fracaso institucional que Ray cargaba desde niño, enterrada y sobrecompensada a lo largo de los años, se había abierto repentinamente. “¡Coño, Felipe, me impolta un carajo! Lárguense de aquí. ¡Todos!” Con torpeza, acomodó su cuerpo en su Mercedes, apretó el acelerador y dio vuelta a la esquina haciendo rechinar las llantas, sin prestar atención ni a la luz roja ni a los traficantes que se encontraban frente a La Farmacia y que con su semblante de sobrevivientes de Auschwitz esquivaron el Mercedes y siguieron vendiendo cocaína, heroína adulterada, Valium y polvo de ángel.³

Primo, mi amigo más cercano en el vecindario, gerente de la otra casa de *crack* de Ray conocida como el Salón de Juegos, situada en una galería de videojuegos a dos puertas del departamento infestado de ratas donde yo vivía con mi esposa y mi bebé, me miró preocupado y me recriminó: “Oe, Felipe, humillaste al negro gordinflón”. Alguien recogió el periódico de la cuneta, comenzó a leer el artículo e hizo un comentario sobre la calidad de la fotografía. Los demás sencillamente perdieron el interés, decepcionados porque no habría más cervezas gratis cortesía del jefe de los traficantes, y se retiraron a la casa de *crack* a escuchar *rap*, jugar billar y observar a los adictos demacrados que entraban a borbotones con puñados de billetes en las manos.

LOS PARÁMETROS DE LA VIOLENCIA, EL PODER Y LA GENEROSIDAD

Para recuperar la dignidad, Ray redefinió su ira como una preocupación legítima por el peligro que mi aparición en la prensa podía representar para sus operaciones. La siguiente vez que lo vi, se encontraba de pasada en el Salón de

Juegos, que quedaba al lado de mi casa, haciendo una entrega de *crack* y recogiendo el dinero de las ventas de media jornada. Al verme, me empujó contra una esquina y me dijo en voz alta, para que todos escucharan:

Felipe, déjame decirte, a la gente que hace que cojan a alguien, aunque sea por accidente, los encuentran en los safacones con el corazón por fuera y con el cuerpo hecho pedazos como pa una sopa... o a veces acaban con los dedos en un tomacorriente. ¿Tú me entiendes?

De inmediato se dirigió a su Lincoln Continental con vidrios polarizados, no sin antes tropezar con un pedazo de linóleo desprendido de la entrada del Salón. Para mi consternación, su novia adolescente, que lo esperaba en el auto masticando chicle sin mucha paciencia, eligió ese instante para desfruncir el ceño y lanzarme una mirada intensa. Aterrorizado de que, además de lo sucedido, Ray fuera a imaginar que yo coqueteaba con su nueva novia, miré hacia el piso y me quedé cabizbajo.

Primo estaba preocupado. Ray era diez años mayor que él y lo conocía de siempre. Me contó que, en su temprana adolescencia, Ray había encabezado dos pandillas no muy consolidadas, integradas por el propio Primo y sus actuales empleados: la TCC (*The Cheeba Crew* [“El corillo marihuano”])⁴ y la Mafia Boba.⁵ Le había enseñado a Primo a robar radios y a desvalijar negocios en el barrio rico al sur de East Harlem. Para recuperar mi propia dignidad, intenté ridiculizar la advertencia de Ray valiéndome de la broma misógina que Primo y César utilizaban a menudo para restarle importancia al cambio de humor de su jefe: “La mula anda con la regla, pana, ya se le pasará. Tranquilo”. Pero Primo agitó la cabeza, me sacó del Salón de Juegos y me llevó a la vereda para aconsejarme que desapareciera por unas semanas. “Es que tú no entiendes, Felipe. Ese negro es loco. En la calle lo respetan. La gente lo conoce. De niño era un salvaje. Tiene fama”. Yo interrumpí a Primo, retándolo: “¿Tú me quieres decir que le tienes miedo a Ray?”, y él respondió con lo que en esa temprana etapa de nuestra amistad era una rara confesión de vulnerabilidad:

¡Coño! Si yo conozco a ese negro desde que yo era un nene. Estaba mal de la cabeza, pana. Yo pensaba que él me iba a violar, porque es un negro grande y yo era un flaquito chiquitín. Sólo tenía quince años. Ray hablaba como loco y decía pendejadas como: “un día de éstos te voy a dar por ese culo”. Y yo no sabía si era verdad o no. Nunca me atreví a janguear solo con él.

Primo camufló el terror de sus recuerdos infantiles contando cómo Ray y su mejor amigo, Luis, habían violado a un mendigo en el lote baldío junto al Salón de Juegos. Yo apagué mi grabador, implantando inconscientemente el tabú que impera sobre las discusiones públicas de la violación. Pero César, el mejor amigo de Primo, que trabajaba como vigilante del Salón de Juegos, se nos unió afuera del local e insistió en que documentáramos la historia. Había interpretado mi sobresalto como reacción ante el temor de que cualquiera que pasara por la calle se molestara al ver a un “blanquito” tendiéndoles un grabador a dos puertorriqueños.

César: Saca el grabador, Felipe. Nadie te va a fastidiar aquí.

Primo: Sí, pana. Le dieron pol culo a un bon viejo y sucio. Lo siguieron a ese lote [señala la basura desparramada a la derecha].

César: ¡Sí, sí!

Primo: Ray y Luis se turnaron metiéndole el bicho ahí mismito [camina hasta el medio del solar para identificar el lugar].

César: Bien loco, pana. Ray es un puñetero puerco. Es un degenerado. Tiene fama. ¿Tú me entiendes, Felipe? Fama. En la calle eso quiere decir respeto.

Primo hizo caso omiso del comentario de César y me explicó que, en ese mismo instante, Ray se debatía entre matar a Luis, su cómplice de violación y amigo de la infancia, o cubrir sus gastos legales después de que lo arrestaran mientras entregaba un “bóndol” de *crack* en el Salón de Juegos.⁶ Según Primo, por una coincidencia inverosímil, el costo de un sicario era de \$3000, exactamente el mismo monto que cobraba el abogado defensor de Luis. Ray ya no confiaba en Luis, que también era primo hermano de Primo, a causa de su nuevo hábito como consumidor de *crack*. Pedía dinero compulsivamente y, peor aún, tenía reputación de “chota”. En El Barrio corría el rumor de que varios años atrás, cuando lo arrestaron por un robo, no aguantó la presión en el interrogatorio policial y delató al esposo de su madrina como traficante de mercancía robada.

Los rumores sobre la brutalidad de Ray eran parte integral de su eficacia en el manejo de una red narcotraficante. Quien aspire a subir de rango en la economía clandestina suele hallar necesario acudir sistemática y eficazmente a la violencia contra los colegas, los vecinos e incluso contra sí mismo para evitar los timos que podrían tramar los socios, los clientes y los asaltantes profesionales. Comportamientos que para un extraño parecerían irracionales, “salvajes” y a la larga autodestructivos se interpretan como una estrategia de relaciones públicas y una inversión a largo plazo en el “desarrollo del capital humano” dentro de la lógica de la economía clandestina.⁷ Primo y César me lo explicaron con palabras menos académicas cuando nos conocimos:

Primo: No es bueno ser muy chulo con la gente, pana, porque luego se van a aprovechar de tí. Tú puedes ser bueno y amable en la vida real pero tienes que tener frialdad si vas a jugar el juego de la calle. Como: “Coño, no me jodas” o “Me importa un carajo”. Así es la cosa para que no se metan contigo.

César: Así, como yo. La gente cree que yo soy un salvaje.

Primo: Aquí tienes que ser un poco salvaje.

César: En este vecindario tú tienes que ser un poco violento, Felipe. [Se oyen tiros] ¿Qué te dije? No puedes dejar que la gente abuse de tí, porque entonces piensan que no vales nada y mierda como ésa. Y ahí está el detalle: tienes que hacer que la gente crea que eres un tipo *cool* para que te dejen en paz.

No es que quieras ser abusador ni nada de eso. Es que no puedes dejar que otros te traten como les venga en gana, porque cuando los demás vean eso van a querer tratarte igual. Te ganas la reputación del blandito del barrio.

Y hay una forma de no tener grandes peleas ni nada de eso. Hay que tener esa reputación, como: “ese tipo es *cool*, no te metas con él”, sin tener que dar ningún cantazo.

Y luego está la otra manera, que es a la cañona, la violencia total.

Completamente al tanto de las posibles consecuencias de la amenaza pública de Ray, decidí darle su espacio. Primo y César cooperaron para protegerme. Ideamos un *modus vivendi* para que yo los pudiera visitar en la casa de *crack* sin arriesgar un enfrentamiento con su jefe. Primo “contrató” a uno de los heroínomanos de la esquina y le encargó silbar cuando viera aproximarse el auto de Ray. De ese modo, al oír el silbido, yo podía escabullirme del Salón de Juegos y escapar a la seguridad de mi edificio, a dos puertas de distancia.

Incluso después de mantener este bajo perfil por varias semanas, no lograba reivindicarme en la mente de Ray. Primo me advirtió que su jefe tuvo sueños ominosos que me involucraban:

Ray soñó que tú eras un agente del FBI o la CIA, o más bien que eras de Marte o algo así, y que te habían mandado a espiarnos.

No es extraño que muchos tomaran este aviso simbólico con seriedad. Los sueños suelen tener gran importancia en la cultura popular puertorriqueña, especialmente para quienes participan de la híbrida “cultura nuyorican” de la segunda y tercera generación de puertorriqueños nacidos en Nueva York, donde las creencias religiosas de la isla se redefinen y se mezclan con las prácticas afrocaribeñas de santería.

Mis visitas camufladas continuaron por tres meses, hasta una noche en que Ray llegó al Salón a pie y nos sorprendió a todos en medio de una discusión escandalosa. Primo y yo intentábamos calmar al vigilante, César, que había tomado demasiado ron y había empezado a desahogar la rabia que le provocaba el autoritarismo de su jefe. A César lo habían apodado “C-Zone” por sus jergas habituales con alcohol y drogas. Había que tomarlo en serio y vigilarlo de cerca para controlar su tendencia a explotar en arrebatos arbitrarios de violencia. En esta ocasión, para tranquilizarlo, le recordamos las reglas de Ray sobre el comportamiento revoltoso en sus casas de *crack*.

César: ¡Ray se ha estado quejando! ¿Va a venir a decirme que no puedo janguear con ustedes?

Primo: Cálmate, no hagas tanta bulla. No te preocupes por eso.

César: Déjame que te cuente sobre Ray. Es el más gordo y el más vago hijo de la gran puta en todo el puñetero East Harlem. Porque es un gordinflón degenerado que toma Budweiser [hace una pausa para vomitar en el canasto de basura al lado de la entrada]. Es uno de esos imbéciles que cuando se siente bien, todos los demás tienen que cuidarse.

No deja que la gente gane chavos. Vas a ver, pana, yo le voy a enseñar a ese canto de cabrón... Yo me voy a deshacer de ese gordo Michelín culón. La única razón por la que no he matado a ese mollo hijo de puta es porque lo voy a joder.

[Me mira de frente] ¿Estás grabando esto, Felipe? ¡Vete a la gran puta!

[Gira hacia Primo] Tú también estás lambiendo mucho ojo, Primo, porque le tienes miedo al negro bombón ése. Pero yo lo mato. No es más que un mollo feo, un Black-a-Claus, una gorda bovina.

[Gira hacia mí otra vez] Yo sólo tengo miedo si estoy sobrio. No diría estas pendejadas... [señala el grabador] pero como estoy jendido mataría a ese gordo hijo de puta.

¿Tú me entiendes? [grita directamente al grabador] ¡Voy a matar a ese canto de cabrón!

Primo: [endurece el tono] Tú no vas a hacer na.

César: [con un tono casi sobrio] Claro que lo hago. Yo mataría. Yo estoy loco, pana. ¿Qué es lo que pasa? ¿Tú nunca piensas eso?

Primo: Hay que ser un mamao pa pensar una bobería como ésa.

César: ¡Sólo imagínate! Yo podría ser un psicópata.

Primo: ¿Tú le crees, Felipe?

Philippe: Sí, le creo. Pero no quiero estar cerca cuando empiece a disparar.

De pronto, cuando estábamos a punto de lograr que César se riera un poco para neutralizar su enojo, Ray entró al Salón sin anunciarse. Yo perdí y recuperé el control sobre mis emociones con la misma rapidez. Ray sencillamente me sonrió e hizo una broma hostil e insignificante sobre lo flaco que estaba y lo mal que me quedaban los pantalones. Todos nos reímos aliviados, incluso César, que de pronto estaba tan sereno y sorprendido como yo.

En los meses siguientes, mi relación con Ray fue mejorando paulatinamente. Para fin de año habíamos alcanzado el nivel de confianza que teníamos antes de que yo expusiera su analfabetismo. Pronto comenzó a saludarme con la pregunta de siempre: “¿Cómo va ese libro, Felipe? ¿Te falta mucho?”, con lo que les comunicaba a todos los que nos rodeaban que yo tenía permiso de entrometerme en sus asuntos.

No sólo el miedo o la coerción mantenían la lealtad de los empleados de Ray. Algunos verdaderamente lo querían. Era capaz de corresponder a la amistad. Candy, amiga suya desde la infancia y una de las dos mujeres que vendieron *crack* para él en los años en que viví en El Barrio, lo describía cariñosamente:

De nene era como un osito *gummy*. Siempre fue un niño bueno.
[Hace una pausa pensativa] Se portaba mal, pero no como para que tú lo odiaras.
Éramos como hermanitos. Siempre me ayudó. Y no me entiendas mal, cuando me daba dinero lo hacía por la bondad de su corazón.

LAS BARRERAS DEL CAPITAL CULTURAL

Ray pudo haber sido un depravado, un osito *gummy* o un don omnipotente “con fama” para los demás. Mi propia relación con él puso de manifiesto una debilidad que mantenía escondida bajo la identidad que se había construido en la calle. En las ocasiones en que me contaba sobre sus aspiraciones, por ejemplo, me parecía extremadamente ingenuo o incluso que tenía ciertas dificultades para el aprendizaje. A pesar de su brillante éxito como gerente de una cadena distribuidora de *crack*, era incapaz de comprender las reglas y las convenciones intrincadas de la sociedad legal. Para tomar prestada la categoría analítica del sociólogo francés Pierre Bourdieu, carecía del “capital cultural” necesario para tener éxito en el mundo de la clase media, o incluso en el de la clase trabajadora. Lo irónico es que, para cuando me fui de Nueva York en agosto de 1991, nuestra relación nuevamente se había tornado problemática, aunque entonces fue porque había empezado a confiar en mí más de la cuenta. Deseaba designarme como su mediador con el mundo exterior y, al final, me exigía que lo ayudara a lavar dinero.

Todo comenzó con una llamada inofensiva: “Felipe, ¿tú sabes cómo se consigue una cédula de identidad?”.

Ray tenía numerosos automóviles y fajos de billetes que le abultaban los bolsillos de los pantalones, pero no tenía licencia para conducir ni documento alguno de identificación legal. Fuera de la membrana protectora de las calles de El Barrio estaba desamparado. No tenía la menor idea de cómo lidiar con las autoridades burocráticas. Cuando fue a solicitar la licencia para conducir, los funcionarios del Departamento de Vehículos rechazaron la fotocopia que presentó del certificado de nacimiento y le insistieron en que debía mostrar una identificación con fotografía. Le expliqué lo que era un pasaporte y la manera de obtenerlo. Pronto comenzó a pedirme que lo ayudara a atravesar todos los obstáculos burocráticos que le impedían operar una empresa legal. Además, quería que lo acompañara a las subastas policiales que organizaba varias veces al año la Municipalidad de Nueva York para repasar las listas de edificios confiscados por evasión fiscal o por delitos relacionados con el narcotráfico, pues soñaba con comprar un edificio abandonado con el propósito de reciclarlo y establecer un negocio legal. Cuidadoso de no ofenderlo, siempre le inventé un cóctel de excusas para no convertirme en el habilitador de sus dudosas confabulaciones, que se derrumbaban tan pronto se topaba con cualquier institución o papaleo burocrático.

El primer negocio legal que Ray trató de establecer fue una lavandería automática. No supo atravesar el laberinto de permisos que debía tramitar y desistió después de unas semanas. Entonces alquiló un almacén de comestibles. Creyó haber adquirido un permiso sanitario y una licencia para la venta de alcohol, pero de nuevo se estrelló contra la burocracia y abandonó el proyecto. Su incursión más exitosa en la economía legal fue el alquiler de una antigua fábrica textil cuatro cuadras al norte del Salón de Juegos. Alquiló el espacio y lo transformó en un club social “legítimo” que alquilaba para fiestas, en las que luego vendía cerveza sin el permiso correspondiente. Estaba orgulloso de esta nueva operación y la consideraba legal porque la mantenía rigurosamente “limpia”, ya que prohibía expresamente la venta de drogas en el establecimiento. En 1992, poco después de que se promulgó la Ley por los Derechos de las Personas Discapacitadas, la Municipalidad de Nueva York clausuró el local por no estar habilitado para sillas de ruedas.

ENFRENTAMIENTOS ÉTNICOS Y DE CLASE

Mi interacción con Ray era sólo una de las múltiples y complejas relaciones personales y contradicciones éticas con las que tuve que lidiar mientras viví en el

mundo del *crack*. Antes de conocer a un vendedor de drogas tuve que enfrentar la dura realidad del *apartheid* que segrega a los grupos étnicos y las clases sociales en los Estados Unidos. Al mudarme a mi decaído *tenement*, situado frente a una enorme aglomeración de viviendas sociales que en ese entonces acogía a más de cinco mil familias,⁸ mi condición de forastero se me hacía dolorosamente tangible siempre que intentaba ingresar en los círculos del narcotráfico. La primera vez que caminé a mi casa desde la estación del subterráneo, atravesé un pasillo marginal que resultó ser una “zona de capeo” de heroína. Allí, media docena de “compañías” competían por la venta de bolsas de \$10 selladas con el logotipo de la empresa. Tan pronto puse un pie en la cuadra, desaté un vendaval de silbidos y gritos de “bajando”, los avisos en clave que utilizan los vigilantes para advertir a los “joseadores”, encargados de las ventas al por menor, de la presencia de personas sospechosas o posibles policías encubiertos. La multitud se dispersó como si yo fuera la peste, y en un instante la cuadra quedó desierta. Me sentí como infestado de parásitos, como si mi piel blanca marcara la fase terminal de una epidemia que infunde el pánico conforme avanza. En esa oportunidad me abrumó un sentido de desolación. Me había estado sintiendo solo y decidí caminar una cuadra más para llegar a esta esquina, precisamente por la energía que irradiaba con el ir y venir de la muchedumbre. Lleno de esperanza ingenua, pensé que los grupos ansiosos de peatones procedían de una de las recurrentes ferias que se hacían en El Barrio, esas reliquias de un pasado de provincia que a menudo parecen hechizar al vecindario.

A largo plazo, mi mayor obstáculo para ingresar a las casas de *crack* y las esquinas de capeo de drogas no fue mi perfil conspicuo de agente antinarcóticos, sino mi aspecto de “tecató” blanco. Los traficantes raras veces me acosaban; más bien huían de mí o me evitaban. En cambio, los oficiales de la policía me detenían, me requisaban, me insultaban y humillaban. Desde su punto de vista, un joven blanco únicamente podía estar en East Harlem por dos razones: o porque era policía encubierto o porque era drogadicto, y como soy delgado, inmediatamente me encasillaban bajo la segunda opción. Solamente en uno de mis encuentros con un policía iracundo me pude hacer pasar por un agente antinarcóticos. Me encontraba en el almacén de mi cuadra (que también funcionaba como puesto de “bolita”) con uno de los vigilantes de Primo cuando, de repente, un policía encubierto me empujó contra el mostrador, me abrió las piernas y me empezó a palpar la ingle. Al acercarse peligrosamente al bulto en el bolsillo de mi pantalón, le susurré al oído: “Es un grabador”. Se echó hacia atrás, me soltó el cuello que apretaba con la mano izquierda y susurró, casi en secreto: “Perdón”. Es posible que haya imaginado haber interrumpido las operaciones de otro policía, porque desapareció antes de que le pudiera ver la cara. Mientras tanto, luego de ver al oficial requisarme y hostigarme, los vendedores de marihuana que estaban frente al negocio se

sintieron aliviados. El más alto y fornido de ellos, ahora convencido de que yo no era un policía sino un drogadicto, irrumpió por la puerta con los ojos brillantes (síntoma inmediato del consumo de polvo de ángel) y asaltó a quienes hacíamos fila en la caja registradora.

Muchos de mis confrontaciones más o menos bimensuales con la policía no transcurrieron tan tranquilamente. El primero fue el peor. Eran las dos de la mañana y yo estaba en una zona de capeo de *crack* a tres cuadras de mi casa, hablando con un joseador ex novio de una de mis vecinas. Él había completado su turno poco antes y me pidió que lo esperara, pues tan pronto como su gerente recogiera el dinero de las ventas se iba a ir “de fiesta” y quería que lo acompañara. Yo quería complacerlo, satisfecho de haber encontrado por fin una entrada a este nuevo círculo del *crack*. Pero cuando él me estaba presentando a sus colegas y competidores como un viejo amigo “vecino de su ex novia”, despejando la duda de que yo fuera un oficial, una patrulla prendió las luces, sonó la sirena e hizo rechinar las llantas a nuestro costado. Los oficiales me llamaron a mí y no al vendedor de drogas que me acompañaba: “Mira, blanquito, ven acá”. Por los siguientes quince minutos me gritaron, me insultaron y humillaron frente a una multitud cada vez mayor de vendedores y fumadores de *crack*. El gran error que cometí esa noche fue responder honestamente cuando me preguntaron: “¿Qué carajo estás haciendo aquí?”. Empleando lo que yo creía era una voz amable, les expliqué que era un antropólogo interesado en estudiar la pobreza urbana y la marginación social. El más grande de los oficiales explotó:

¿Qué clase de imbécil crees que soy? ¿Crees que yo no sé lo que estás haciendo? ¿Crees que soy estúpido? Estás hablando mierda. Eres una escoria blanca. ¡Vete a comprar drogas a un barrio blanco! Si no te vas pal carajo ahorita mismo vas a tener que ir al cuartel a repetir tu cuento. ¿Quieres que te arreste, ah, ah? ¡Contéstame, hijo de puta!

Mis protestas sólo generaron más enojo. Tuve que mantenerme cabizbajo y repetir “sí, señor oficial” para después arrastrar los pies obedientemente hasta la parada de autobús y esperar el próximo transporte hacia el sur de Manhattan. A mis espaldas, resonaba la amenaza: “¡Si te veo por aquí de nuevo, blanquito, te vamos a meter al pote!”.⁹

Con el tiempo aprendí cómo comportarme. Para mi segundo año en la calle ya no sufría ataques de pánico cada vez que un oficial me empujaba contra una pared y me separaba las piernas para requisarme y comprobar si cargaba armas o drogas. Mi acento fue un problema durante estos enfrentamientos, pues en El Barrio los policías suelen ser hombres blancos de clase trabajadora

con acentos italianos o irlandeses pronunciados. Si bien los niños afronorteamericanos y puertorriqueños de la cuadra se maravillaban ante lo que llamaban mi “voz de anuncio”, los policías creían que yo me burlaba de ellos cuando les hablaba cortésmente utilizando oraciones completas. Aprendí que mi única esperanza era abreviar la duración de estos encontronazos: mirar hacia el suelo, entregar la licencia de conducir y decir “sí, señor oficial” o “no, señor oficial” con frases secas y minimalistas. Cuando era sincero, amigable o incluso cortés, corría el riesgo de ofenderlos.

Por otra parte, cuando la policía intentaba ser cortés conmigo, su comportamiento sólo reforzaba mi noción de estar transgrediendo las leyes secretas del *apartheid*. Una tarde conducía mi bicicleta y un policía me alcanzó con su patrulla para cerciorarse de que yo no estaba loco: “¿Oye, sabes para dónde vas? ¡Esto es Harlem!”. Otro día estaba sentado en las gradas frente a mi edificio, admirando uno de los atardeceres espectaculares que sólo el *smog* del verano neoyorquino puede producir, cuando un oficial se me acercó y me preguntó: “¿Qué haces allí?”. Le enseñé mi licencia de conducir que indicaba mi domicilio para demostrarle que estaba en mi casa, y respondió riéndose, incrédulo: “¡Quieres decir que tú vives aquí! ¿Estás loco?”. En tono defensivo, le expliqué que el alquiler era barato. Entonces, como echándome una mano, me sugirió explorar los alquileres económicos de Queens, un distrito multiétnico de clase trabajadora ubicado cerca de los aeropuertos.

EL RACISMO Y LA CULTURA DEL TERROR

No es únicamente la policía la que impone el *apartheid* en la *inner city* estadounidense sino, además, un “sentido común” racista que convence a las personas blancas —y a los miembros de la clase media, independientemente de su etnia— de que es demasiado peligroso adentrarse en vecindarios afronorteamericanos o latinos pobres. Cuando decidí mudarme a East Harlem, prácticamente todos mis amigos me acusaron de actuar como un maniático irresponsable. Los pocos que me visitaban me llamaban con antelación para que los recibiera apenas descendieran de sus taxis. De hecho, hasta el día de hoy, muchos de ellos me consideran demente por haber “obligado” a mi esposa y a mi bebé a vivir tres años y medio en un *tenement* de East Harlem. Cuando dejamos El Barrio a mediados de 1990, varios de mis amigos nos felicitaron, y todos respiraron aliviados.¹⁰

La mayor parte de los estadounidenses están convencidos de que si se atrevieran a poner un pie en Harlem, serían descuartizados por residentes salvajes e iracundos. No obstante, si bien en El Barrio existen peligros reales, la in-

mensa mayoría de los 110 559 residentes del distrito —51 por ciento de latinos y puertorriqueños, 39 por ciento de afronorteamericanos y 10 por ciento de “otras etnias”, según el censo de 1990— casi nunca, o bien nunca, ha sufrido algún asalto. Irónicamente, los pocos residentes blancos quizá se vean menos amenazados que los afronorteamericanos y puertorriqueños, ya que la mayoría de los asaltantes supone que las personas blancas son policías o drogadictos —o ambas cosas— y piensa dos veces antes de atacarlos. La primera persona que me explicó esta situación fue César, el vigilante principal de Primo en el Salón de Juegos:

Felipe, la gente cree que tú eres de la jara. Pero eso es bueno, porque te dejan tranquilo.

Piénsalo, pana: si estuvieras vendiendo perico en la calle y vieras venir a un tipo blanco, no querrías meterte con él.

Claro, otras personas piensan: “Este blanquito en este vecindario debe estar virao”. Si no pensarán eso, te darían un macetazo y te tumarían la billetera.

Tú tienes suerte. Mírame a mí que soy puertorriqueño. Si me metiera en Bensonhurst¹¹ seguro pensarían: “a este tipo lo podemos descocotar”. Tal vez pensarían que estoy loco, pero igual me retarían o me caerían a palos.

En los años que viví en El Barrio, caminaba por la calle a cualquier hora de la noche y solamente me asaltaron una vez (y fue a las dos de la mañana, en una tienda donde asaltaron a todos los clientes). Mi ex esposa, que es costarricense, circulaba libremente y nunca la asaltaron, aunque tomaba precauciones por la noche. En esos mismos años, por lo menos seis de nuestros amigos fueron víctimas de asaltos en vecindarios más seguros hacia el sur de la ciudad. No pretendo exagerar la sensación de seguridad que es posible sentir en El Barrio. A manera de ejemplo, el filipino de setenta años dueño de mi edificio fue asaltado a plena luz del día frente a su departamento en la primera planta. Como señalé en la introducción, todos los vecinos son conscientes de la posibilidad concreta de un robo, e incluso los traficantes más fornidos del círculo de Ray le pedían a un amigo que los acompañara cuando transportaban grandes cantidades de dinero o drogas por la noche.

La violencia no puede reducirse a su expresión estadística, pues eso mostraría que el mayor número de los asesinatos y las palizas en cualquier vecindario de la *inner city* se circunscribe a un grupo reducido de individuos: los que se involucran en el narcotráfico y la economía informal, por un lado, y los que son especialmente vulnerables, como las personas de tercera edad, por el otro. En El Barrio, la violencia de la cultura callejera atraviesa la vida cotidiana y afecta

la percepción del vecindario de manera completamente desproporcionada en comparación con su peligro real. Esto se debe, en parte, a que los incidentes de violencia suelen ser muy visibles y traumáticos, aun cuando no amenazan físicamente a los espectadores. Durante mis primeros trece meses en East Harlem, fui testigo de diversos episodios violentos:

- un tiroteo frente a mi ventana en el que murió una vendedora de drogas, madre de un niño de tres años,
- un bombardeo y ataque con metralleta contra una venta de bolita, también visible desde mi ventana, cometido por facciones rivales de la mafia local,¹²
- una persecución policial y un tiroteo frente a una pizzería donde comía con mi esposa,
- las secuelas del bombardeo contra un expendio de heroína a la vuelta de mi casa, cometido por un proveedor al que no le habían pagado sus servicios,
- varias grescas violentas con gritos y rasgadura de prendas.

En ninguno de estos incidentes estuve cerca de resultar herido, pero el dramatismo lograba infundirme una sensación de peligro que trascendía la probabilidad de convertirme en víctima.¹³ En su análisis de contextos muy distintos como América del Sur y la Alemania nazi, el antropólogo Michael Taussig ha acuñado la expresión “cultura del terror” para referirse al efecto que engendra la propagación de la violencia en una sociedad vulnerable.¹⁴ En East Harlem, una de las secuelas de la dinámica actual de la “cultura del terror” es el silenciamiento de la gran mayoría de los vecinos, que desde luego no recurre a la violencia. Estas personas se aíslan de la comunidad y llegan a aborrecer a los participantes de la cultura callejera, y a interiorizar los estereotipos racistas en ese proceso. Una dinámica ideológica profunda los lleva a desconfiar de sus vecinos.¹⁵ Entre tanto, las imágenes de la cultura del terror deshumanizan a las víctimas y a los perpetradores y le sirven a la sociedad dominante para justificar su propia falta de disposición para afrontar realmente la segregación, la marginación económica y el desmoronamiento del sector público en los Estados Unidos.

Yo tenía la obligación personal y profesional de negar o tomar como normal la cultura del terror durante mi estadía en El Barrio. Muchos de los residentes locales emplean esta estrategia. Reajustan la rutina diaria y se acomodan al impacto de la brutalidad cotidiana para mantener la cordura y la sensación de seguridad. Como ellos, yo debía relajarme y disfrutar de mi experiencia en las calles si quería realizar una etnografía exitosa. Debía sentirme cómodo mientras pasaba el rato y conversaba con amigos. Esto es fácil de hacer durante el

día, o incluso en las primeras horas de la noche, cuando las calles de El Barrio se sienten cálidas y acogedoras. Los niños corren y chillan de placer jugando a las escondidas; los vecinos salen a caminar y a menudo se detienen para conversar; un altoparlante emite música de salsa desde una ventana del décimo piso para que los peatones puedan sintonizarla gratuitamente. En fin, existe un sentido de comunidad a pesar de la violencia. Muchos de los residentes incluso conocen el apodo de sus vecinos más hostiles o sospechosos.

Quizá por haber crecido en uno de los distritos más privilegiados de Manhattan, a tan sólo siete cuadras de la frontera sur de East Harlem, marcada por la calle 96, siempre aprecié la sensación de espacio compartido que se disemina por El Barrio en los días soleados. El edificio donde yo crecí es seguro, pero los vecinos no tienen sobrenombres y cuando uno comparte el espacio en el ascensor no se acostumbra saludar ni reconocer la presencia de los demás.¹⁶ En El Barrio, yo disfrutaba de la ilusión de convivencia que los residentes de clase trabajadora suelen proyectar durante el día. Eran los mismos traficantes los que habitualmente hacían pedazos mi optimismo e insistían en que respetara a la minoría violenta que realmente controlaba las calles. Una noche, hacia el final de mi estadía, le comenté a César que El Barrio se sentía seguro. Su reacción cómica e indignada me pareció sumamente interesante porque trazó el círculo ambiguo de la cultura del terror, al poner de relieve la crueldad de nuestros presuntos protectores. Tanto los criminales como la policía obedecen las leyes de la cultura del terror:

César: Ey, panín [le indica a Primo que se acerque], ven pa acá a oír esto. Felipe dice que esta cuadra es tranquila.

Bueno, Felipe, déjame decirte lo que pasó más temprano porque hoy esta cuadra estuvo brutal. Sólo con mirar por la ventana era como ver HBO: mataron a una pelsona, a otra le dieron una pela y más tarde hubo hasta un incendio. Esto fue una locura.

Lo que pasó fue que dos tecatos, un tipo viejo y otro negro, se le fueron encima a una jeba. Le dieron tres cantazos y le quitaron las joyas. Le dieron un puño en el ojo, así; salieron de la nada. Ella pegó a gritar y el más viejo de los tipos la agarró a patadas. Eso fue por el día, como a las dos.

Después llegó la jara, que cogió a los dos tipos y les dio soberana pela. Como veinte guardias les cayeron encima, porque se resistieron.

Y no debieron haber tratado de escaparse porque lo que les dieron fue la tunda de sus vidas. Los guardias gozaron de lo lindo con la cara del mollo. Coño, ¡parecía que lo querían matar! Tuvieron que traer dos ambulancias.

¡Al pana le fue mal! Los dos acabaron en camillas todos ensangrentados. Ya eso no eran cuerpos lo que vinieron a recoger, eran como coágulos de sangre. Y los guardias lo hicieron con placer.

O sea, no fue una paliza común y corriente como cuando te tiran contra el carro más fuerte de lo normal. Más bien fue cosa de: “ahora te toca a ti, panita [sonríe], aguántalo ahí mismito y [da puñetazos] fuácata, fuácata, fuácata...”. Y el tipo cae, plop [pretende caer inconsciente].

Hasta Abuela lo vio conmigo desde la ventana. Ella y una vecina empezaron a gritar: “¡Abuso, abuso, brutalidad policial!”.

Si yo hubiera tenido una cámara le hubiera mandado la cinta a Al Sharpton.¹⁷ Porque fue a un negrito al que le dieron la paliza. Tremendo escándalo político pudo haber causado y Al Sharpton hubiera venido con ese permanente tan cojonúo que tiene.

Philippe: ¿Cómo te hizo sentir ver a la policía hacer eso?

César: ¡Dito!, empecé a coger pena yo mismo porque pensé que me estaban dando a mí. Sentía el dolor que ellos sentían porque yo sé lo que se siente que la jara te caiga encima. No saben parar. ¡Te quieren matar... y lo disfrutan [sonríe]!

Así manejan el estrés. Así relajan la tensión. Es cosa de “mi-mujer-me-jugó-sucio-y-tú-pagarás-por-eso”. Es terrorismo con placa, eso es lo que es.

Los guardias esperan la oportunidad. Se levantan por la mañana y dicen: “¡Qué bien!, hoy le voy a partir la cara a alguna minoría [se frota las manos y desliza la lengua entre los labios]”.

Yo puedo entender esa actitud porque yo sería igual si fuera policía. Das la placa por sentada, se te sube a la cabeza, ¿tú me entiendes? Te sientes invencible, como que puedes hacer lo que te venga en gana.

Yo tendría la misma actitud. Hoy voy a joder a alguien. No me importa si es blanco o puertorriqueño. Y lo voy a disfrutar.

Me metería de lleno en eso. Y sería un hombre felizmente casado porque no pelearía con mi mujer.

No entiendo por qué ponen humanos para hacer de policías. Deberían poner animales en las patrullas. ¡Palabra, mano! Porque son peores que los animales. Son animales con cerebro.

LA INTERIORIZACIÓN DE LA VIOLENCIA INSTITUCIONAL

Aunque el abuso policial era una realidad, no era una de las mayores preocupaciones de la vida cotidiana. Todos le teníamos miedo a una redada en el Salón de Juegos, pero nuestra mayor fuente de ansiedad no era la violencia policial, sino la de nuestros compañeros de celda en la penitenciaría local. Es inusual que un juez de Manhattan envíe a la cárcel a una persona detenida por primera vez por vender o comprar drogas en pequeñas cantidades. Venderle *crack* a un policía encubierto normalmente se castiga con una condena suspendida de dos a cuatro años de cárcel. No conozco ningún caso en que se llevara a juicio a un simple comprador. El problema es que, tras un arresto, se debe esperar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas en una cárcel municipal hasta que el juez del Tribunal de Narcóticos presente la lectura formal de los cargos.¹⁸

Nuestra suerte en estas “jaulas” hacinadas era un tema frecuente de conversación ansiosa. Capturé una de estas discusiones con mi grabador. Eddie, un primo de César que no consumía drogas, nos recordaba a todos los que estábamos en el Salón de Juegos que si la policía realizaba una redada y nos encarcelaba, corríamos el riesgo de que nos sodomizaran. El padre de Eddie era afronorteamericano, y César se aseguró de añadirle matices raciales a la discusión y de mostrar su avanzado conocimiento de las técnicas de violación en las cárceles neoyorquinas:

Eddie. Mira, César, no vengas lloriqueando cuando te lleven al centro y te desfloren [risas].

César: No, en las cárceles ya no violan porque le tienen miedo al sida. Ya ni en Riker's [la cárcel principal de Nueva York] le dan a uno por el culo.

Donde sí te la clavan es en el norte, porque allí tienen encerrados a los negros grandes, los ladrillos de Georgia, los bulldogs de Georgia Tech, las chuletotas musulmanas que han estado en la perrera como veinte años.

Te dan por el botón del culo [da un salto, su cara casi toca la de Eddie]. Porque son más grandes que tú. Han estado levantando pesas. Son grandes y te tumban las cosas [se voltea y me habla en la cara]. Y te cogen el brazo así [me tuerce el brazo] y te lo meten como un perro [gira y engancha a Eddie con una llave full nelson]. Y te lo mearan por dentro [presiona la entrepierna contra el trasero de Eddie]. Y tú estás: [cambia de rol, le agarra la cabeza y le hala el pelo a Eddie, gritando] AJÁAAJ].

Porque te zambullen el mastodonte ése que ellos tienen, la lambada-

blada, la culebra negra de Alabama. ¡La culebra negra de los moros encontró el as de oros!

[Hace una pausa para calibrar nuestra risa entrecortada] Y son negros. Y dan asco. Y apestan a negro. Y son grandes. Y apestan a James Brown. Y te empapan la mielta con leche. Y tú te tienes que quedar como una ovejita y te ponen a lavar calzoncillos y medias. Y te cae la reputación de que le mamas el bicho a los mollos más grandes. Y ése es tu hombre [abraza a Eddie].

Y si tú eres un novato [da un salto y se me planta en la cara] y eres pato y te gusta y te lo quieren meter, te va a tocar el Cuco en persona. Te cogen el culo y te lo llenan de concreto. Te rellenan el hoyo. ¡Te lo juro!

Y si les gustan a los patos, te meten en problemas [se da vuelta otra vez y me mira a los ojos]. Tratan de cucarlos: “Está bien, hijo de puta, ¿no me quieres chichar? Pues ahorita vuelvo con los bohemios negros”.

[Gira otra vez y encara a Primo] Y te cogen el culito hasta que te hacen pato. ¡Y luego, la gente en la calle te reconoce a ti! [Gira una vez más y se planta a medio centímetro de mi nariz].

Esa noche la perorata de César me irritó más que de costumbre. Pocos días antes, el Equipo Táctico Antinarcoóticos, una selecta unidad policial formada en 1989 para aplacar la indignación popular como parte de la campaña “Dile no a las drogas” en plena histeria colectiva a finales de los años ochenta, había realizado su primera misión en El Barrio.¹⁹ Conocido acertadamente como TNT (por sus siglas en inglés), el objetivo de este cuerpo policial era modificar el blanco de combate: arremeter contra los vendedores callejeros en vez de hacerlo contra los proveedores mayoristas.²⁰ La semana anterior, TNT había aparecido a las dos de la mañana en camiones U-Haul para bloquear ambos accesos a un punto de caqueo de *crack* situado a cuatro calles del Salón de Juegos y arrestar a todas las personas que se encontraban en la vereda. Los agentes incluso sacaron a varias personas de los pocos *tenements* que quedaban habitados en la cuadra.

La noche de la disputa entre Eddie y César con respecto a la violación en las cárceles neoyorquinas, yo había olvidado mi licencia de conducir. No mostrar identificación es la manera más segura de incitar la furia policial. Mi grabación de ese día acaba con reproches contra César sobre un fondo de risas y cacareos nerviosos.

Philippe. ¡Quítate de encima, César! ¿Qué carajo te pasa? ¿Eres un perverso o qué?

Primo, yo me voy de aquí. Ustedes me pusieron petro. Pero ahorita vuelvo. Voy arriba a buscar mi carnet.

EL ACCESO A LA CASA DE CRACK

Durante mis primeros meses en el vecindario, no me planteaba cuestiones teóricas complejas sobre la manera en que los Estados Unidos justifican la segregación en la *inner city* ni sobre el modo en que las víctimas se autoimponen la brutalidad de su marginación. Mi preocupación fundamental era convencer al administrador de una casa de *crack* de que yo no era un policía encubierto. Tengo un recuerdo vívido de la primera vez que visité el Salón de Juegos. Mi vecina Carmen, una abuela de treinta y nueve años que en un lapso de tres meses se transformó en una arpía drogadicta y terminó por abandonar a sus nietos gemelos de dos años de edad, me llevó ante el gerente del Salón y le dijo en español: “Primo, te presento a mi vecino, Felipe. Él es de la cuadra y quiere conocerte”. Primo soltó una risa nerviosa. Giró, me dio la espalda y escondió la cara. “¿En qué precinto fue que lo recogiste?”, le preguntó a Carmen en inglés, mirando hacia la calle. Con un tono entre avergonzado y recriminatorio, le aclaré que yo no era “de la jara” y que lo que quería era escribir un libro sobre “la calle y el vecindario”. Me comporté con suficiente tacto como para no imponer mi voluntad. Invité una ronda de cervezas y me dejé relegar a un segundo plano, yéndome a recostar sobre el paragolpes de un auto estacionado. Mi intento de mostrar generosidad había empeorado la situación, pues compré una cerveza desprestigiada que a Primo no le gustaba. Lo único que él bebía eran botellas de medio litro de una nueva marca de licor de malta llamada *Private Stock*, cuyos afiches y pancartas, ilustrados con morenas despampanantes escasamente vestidas con piel de leopardo, mostrando sonrisas relucientes y piernas piel canela, habían sido desplegados a lo largo y ancho de Harlem, para atraer a una nueva generación de jóvenes alcohólicos criados en las calles de la *inner city*.

A pesar del mal comienzo, Primo tardó menos de dos semanas en acostumbrarse a mi presencia. Me favoreció tener que pasar frente al Salón de Juegos varias veces al día camino al supermercado, la parada de autobús y la estación del subterráneo. Primo solía pasar el rato delante de su seudogalería de videojuegos, rodeado de una camarilla de muchachas adolescentes que competían por ganarse su atención. Al principio nos saludábamos con un movimiento de cabeza. Al cabo de una semana, Primo me llamó y me dijo: “Oe, pana, te gusta la cerveza, ¿no?”, y compartimos una ronda de *Private Stocks* con María, su novia de quince años, y el vigilante, Benito (cuyo nombre americanizado era

“Benzie”), un joven de veinte años bajo y bullicioso que con su andar exagerado camuflaba la cojera causada por una bala que todavía tenía enterrada en su fémur izquierdo.

Varias horas y cervezas después, Primo me invitó al cuarto trasero. Detrás de un panel falso de linóleo me mostró la mercancía. El pulso se me desbocó cuando me preparó una bolsa de diez dólares de cocaína marca “We Are the World”, que se vendía al otro lado de la avenida frente a un mural de media cuadra pintado en conmemoración del famoso concierto de *rock* de ese mismo título celebrado a finales de los años ochenta en beneficio de la hambruna en Etiopía. “¿Te gusta esto también?”, me preguntó. Me preocupaba que mi rechazo fuera a arruinar nuestra relación, o peor aún, que fuera a dar por cierta mi supuesta condición de agente policial, pero me sorprendió que Primo y Benzie se maravillaran cuando denegué la oferta. Estaban asombrados de que yo fuera “tan buena persona” que ni siquiera “esnifeara” cocaína. Ése fue mi primer encuentro con la ética contradictoria de la calle, que juzga cualquier contacto con las drogas como un acto del demonio pese a que casi todos en la calle inhalan, fuman, venden o se inyectan.

Primo, Benzie, María y las personas que nos rodeaban esa noche nunca habían interactuado con una persona blanca amigable, y sintieron alivio al ver que yo pasaba el rato con ellos por un genuino interés personal y no porque quería obtener drogas o involucrarme en algún otro acto de “perdición”. Las únicas personas blancas que habían visto de cerca habían sido directores de escuela, policías, jueces y jefes enfurecidos. Incluso sus maestros y asistentes sociales eran por lo general afronorteamericanos o puertorriqueños. Primo estaba preocupado, pero era fácil advertir su curiosidad. Varios meses después me confesó que siempre había querido “dialogar” con un representante de la sociedad “libre de drogas” de los Estados Unidos.

En las semanas siguientes visité el Salón de Juegos todas las noches para hablar con Primo y el vigilante de turno, por lo general César o Little Benzie. Para mi sorpresa, los habitués de la casa de *crack* me transformaron en un objeto exótico de prestigio: les agradaba que los vieran en público conmigo. Sin darme cuenta abrí un campo de relaciones de poder donde mi presencia intimidaba a las personas. El nuevo desafío, por lo tanto, era entrar en el juego del manejo de impresiones que inevitablemente caracteriza las relaciones de poder invertidas. En el caso de Primo, mi presencia activó una ola de racismo interiorizado que lo empujó a presentarse como superior a “estos boricuas analfabetos”, “estos mamaos sinvergüenzas que bregan en factorías”. Pronto empezó a decirme que nuestras conversaciones eran un gran estímulo para su desarrollo intelectual. Al mismo tiempo, sé que seguía sospechando de mí como un posible agente antinarcóticos, porque un mes después de conocerme me aseguró: “No me importa si tú mañana vienes y me arrestas, yo quiero ha-

blar contigo. Eres una buena persona”. Recién tres años después Primo comenzó a referirse a mí como “el negro blanco que siempre anda conmigo”.

Recuerdo la noche en que me ascendieron al rango de “negro honorario”. Primo había tomado más alcohol que de costumbre y quise acompañarlo al departamento de la hermana de María, su novia, para asegurarme de que no lo asaltaran en la escalera del complejo habitacional donde los ascensores, como siempre, estaban rotos.²¹ Cuando llegamos al departamento, Primo me tomó del hombro. Tambaleándose en el pasillo, me agradeció: “Eres un negro bueno, Felipe. Tú eres un negro bueno. Ta mañana”.

Una madrugada, dos años después, mientras Primo y Benzie inhalaban un *speedball* en la semana de Año Nuevo, sentados en la escalera del inmenso complejo habitacional donde vivía la madre de Primo, ambos por fin me confesaron cuáles habían sido sus primeras impresiones cuando me vieron entrar al Salón de Juegos por primera vez. Primo despedazó un paquete de heroína de \$10 y, tras hundir la llave de su casa en el polvo, se arrojó una pequeña cantidad a la fosa nasal izquierda. Aspiró profundamente, repitiendo el movimiento con agilidad antes de soltar un suspiro y estirar el brazo para tomar la botella de licor de malta marca Olde English de la que yo bebía. Mientras tanto, Benzie usaba un billete doblado de un dólar para triturar el contenido de una ampolla de cocaína de \$15, enrollando el dólar entre sus pulgares y dedos índices para deshacer los granos y cristales y así facilitar la inhalación. Hundió en el polvo la cubierta de cartón de una caja de fósforos, aspiró dos veces y delicadamente colocó los materiales en la esquina de la grada en la que se sentó.

Primo: Felipe, cuando yo te vi por primera vez, yo no sabía quién carajo tú eras, pero de todos modos te recibí bien porque parecías interesante; así que, por supuesto, te recibí bien [estira el brazo para agarrar la cocaína]. Te recibí como un amigo, con respeto.

Benzie: [interrumpe mientras me pasa la botella de licor de malta] Felipe, yo te voy a decir la pura verdad; y este pana ya lo sabe [señala a Primo]. El día que yo te conocí yo pensaba que tú eras diferente... pero mejor no te lo digo [inhala heroína con la llave de Primo].

Philippe: [toma un trago] Tá bien, no te preocupes, cuéntame. Yo no me voy a enojar.

Benzie: Sí... bueno [se vuelve hacia Primo para evitar el contacto con mis ojos, inhalando de nuevo]. Tú te acuerdas, ¿no? Yo te decía, tú sabes, la forma en que él hablaba. El modo en que él actuaba. Que yo pensaba que tal vez... tú sabes. ¿Cómo es que se dice? Que alguna gente es bisexual. Aunque tuvieras esposa yo pensé que tú eras como... sucio.

La verdad es que era por el modo en que tú hablas y el modo en que tú actúas. Siempre haces un chorro de preguntas, y así es que son muchos tipos gay, tú sabes; tratan de averiguar cómo es que tú eres. Pero después de un rato, cuando llegué a conocerte [me quita la botella], vi la forma en que jangueabas y te pude conocer mejor. Pero igual a veces pensaba lo mismo: “Acho, pero este pana es pato”.

Primo: [detiene a Benzie] ¡Coño, pana, cállate que le vas a dar un complejo! [Me pone el brazo en el hombro] Eso era porque eres blanco. Él pensaba, ¿quién es este blanquito?

Philippe: ¿Entonces era por mi acento? ¿Mi voz? ¿La forma en que muevo el cuerpo?

Benzie: Sí, tu acento...

Primo: [interrumpe] Yo le dije que tú eras un anropólogo y que el modo en que tú hablas es como habla la gente inteligente. O sea, que tú hablas a tu manera. Y tal vez nosotros no entendamos algunas palabras, pero eso no impolta.

Pero cuando hablas español entonces sí que suenas diferente. Tú sabes, cuando hablas español, tú suenas como que eres de España.

Hasta la mai mía pensaba que tú eras pato, pero eso era porque sólo te hablaba por teléfono [suenan disparos]. Un día me preguntó: ¿Quién es el blanquito ese que siempre llama aquí? ¿Es pato o algo así?

Y yo le dije: ¡No! ¿De qué tú hablas? Él es profesor. Habla español, inglés y francés.

No pude evitar sentir cierta vana ofensa personal al saber que otras personas habían errado en la identificación de mi orientación sexual, porque para ese entonces yo creía tener cierto nivel de malicia callejera. En retrospectiva, reconocí que durante mis primeros años en El Barrio había hecho una pésima lectura de las señales de la calle. Nunca había tenido la menor sospecha de que podía estar irradiando un aire de perverso sexual. Paradójicamente, esa mala lectura me permitió relajarme e ingresar en el Salón de Juegos con tranquilidad. Una excesiva conciencia de mi imagen sexual podría haber interferido con mi capacidad para iniciar relaciones cercanas en el contexto homofóbico de la cultura de la calle.

LA RELACIÓN ENTRE AFRONORTEAMERICANOS Y PUERTORRIQUEÑOS EN LA CALLE

La tensión étnica en El Barrio no involucra exclusivamente a las personas blancas. El círculo de Ray estaba sumamente segregado, compuesto casi exclusivamente por puertorriqueños de segunda generación nacidos en Nueva York.²² La mayoría de ellos mostraba una abierta hostilidad hacia los afronorteamericanos, a pesar de que Ray y aproximadamente la mitad de sus empleados pertenecerían a la categoría de “negros” desde el punto de vista de los anglonorteamericanos. Entre los más de veinte vendedores que conocí que trabajaban para Ray, solamente dos eran afronorteamericanos y ambos habían españolizado sus nombres. A Sylvester, por ejemplo, lo conocían como Gato. El otro traficante negro, al que llamaban Juan, me confesó en privado que el ambiente en la esquina de La Farmacia le parecía extremadamente hostil:

Los puertorriqueños y los negros no se llevan bien. ¿Ves esa placa ahí que dice “Latin Family [Familia latina]”? Pues algunas personas se lo toman en serio. Hay mucho racismo aquí. Cuando yo entro por la puerta, tengo que tener una meta y un propósito. Si yo vengo y me siento en una silla y cruzo las piernas, de pronto los veo que se juntan hablando en español: “Oe, ¿quién es ese tipo?”. Hasta te lo dicen en inglés: “Mira, más vale que te estés tranquilo”.

César era más explícito en cuanto a la tensión interétnica en el Salón de Juegos, sobre todo después de tomar algunos tragos:

Yo soy del Ku Klux Klan. Yo mataría a los negros. ¿Tú sabes por qué los odio? Porque son negros y apestan y huelen a mierda. Y son unos manganzones que no trabajan na. Juro por Dios que los odio hasta la muerte.

Yo odio hasta a los puertorriqueños que tienen afro. Los odio como a cualquier otro molleto [pasa la mano por el pelo de Primo]. Pal carajo, Primo también porque tiene afro y es negro. Lo mataría. [Me mira a la cara] Y también odio a los blancos. Los podría matar a todos. Pero a ti no, Felipe, tú me caes bien. Tú eres buena persona. Pero si no janguearas con nosotros yo te mataría.

¿Sabes por qué yo odio a los mollos? Porque fue un mollo el que mató a mi helmana: la apuñaló dieciocho veces en los proyectos. Me tienen encojonao porque, ¿por qué me tienen que hacer esas cosas? Bastante jodido estoy ya, como quiera. Yo le tengo odio a to el mundo.

El racismo vociferante de César no impedía que emulara la cultura callejera afronorteamericana, que ejerce casi total hegemonía sobre el estilo en la economía sumergida.

Cuando yo era un nene yo quería ser negro. Quería tener ese estilo, porque ellos son más malos. ¡Malo malos! Ya tú sabes, peligroso, gángster.

Me caían mejor los negros maleantes, porque en ese tiempo yo estaba aprendiendo a hacer guisos, robaba chinas de las fruterías, cosas así.

Además, los negros se visten chévere, tienen clase, son duros, ¿tú me entiendes? Revolú, bien negro. *Cool*.

Los hispanos con los que yo jangueaba tenían un estilo como cuadrado, flojo, ¿tú sabes?

Mira, ahora mismo son los mollos los que pusieron de moda los *marked necks* y los AJs.

Son los mollos los que visten chévere.

A pesar de las complejas tensiones interétnicas, la polarización de las clases sociales y el estilo cotidiano de la calle, todas las personas en el círculo de Ray llegaron a aceptarme. La mayoría daba muestras auténticas de disfrutar de mi presencia. Desde luego, decenas de personas en los márgenes de esta y otras redes de narcotráfico nunca llegaron a confiar en mí. Era el caso de los traficantes puertorriqueños adolescentes y los afronorteamericanos de todas las edades, cuya relación con la sociedad blanca solía ser más expresamente hostil que la de sus padres o incluso sus hermanos mayores. Sin embargo, llegué a sentirme cómodo en mi papel de “profesor” y “antropólogo” en el proceso de escribir un libro. En ocasiones estuve cerca de meterme en problemas, pues algunos miembros marginales del círculo de Ray (e incluso algunas personas que no tenían ninguna relación con él) empezaron a increparme rencorosamente porque yo nunca los grababa, seguros de que merecían “al menos un capítulo” en mi libro. Al principio me inquietaba lo contrario: que los personajes principales de este estudio resintieran que una persona ajena al vecindario usara sus biografías para forjar una carrera académica. A largo plazo, mi meta siempre ha sido devolverle algo a la comunidad. Cuando les expuse a Ray y sus empleados mi deseo de escribir un libro hecho de historias personales que ilustrara la “pobreza y la marginación” y contribuyera a producir un conocimiento crítico y empático de la *inner city*, creyeron que estaba loco y vieron con suspicacia mi preocupación por la responsabilidad social. Desde su perspectiva, todo el mundo busca el beneficio propio; cualquier persona en su sano juicio escribiría un *best seller* para hacerse millonario. Nunca les había pa-

sado por la mente que podían obtener algo de mi trabajo, excepto tal vez una fiesta el día de la publicación del libro. Mi insistencia en que el proyecto era capaz de traer beneficios políticos concretos a la comunidad únicamente suscitó respuestas humillantes:

César: Felipe, estás hablando mierda en cantidad. No significa nada que hablemos al aire una enorme cantidad de baba.

Es como si estuviéramos en el show de Oprah o de Phil Donahue, que no importan ni un pepino. Eso no va a ayudar a la comunidad. No nos va a ayudar a nosotros. No va a hacer cambiar el mundo y convertirlo en el jardín ése que tú dices. Todo es palabras. ¡Cállate la boca!

Mi esperanza, por supuesto, es que César se equivoque, pero acaso su cinismo sea mucho más realista que mi idealismo académico.

A mitad de mi estadía en El Barrio, los protagonistas de este libro comenzaron a seguir de cerca mis hábitos de escritura y empezaron a exigirme que acelerara el paso. Querían ser parte de un *best seller*. Cuando el cuerpo empezó a pasarme factura por la cantidad de horas que estaba frente a la computadora y sufrí un ataque de tendinitis en los antebrazos, Primo y César se inquietaron y dieron muestras auténticas de decepción. Comprendí que nuestra relación había tomado un giro casi psicoterapéutico.

César: [me toma los brazos y los tuerce] No te nos des por vencido, Felipe. No te nos rindas. Podríamos caerte a palos si te descompones.

[Se vuelve hacia Primo] Creo que Felipe se está volviendo loco. Vamos a tener que presionarlo un poco.

[Risas] Tú eres nuestro modelo a seguir. No te nos puedes joder así. Podríamos darte una pela por hacernos esto. ¡Palabra!

No voy a permitir que te desaparezcas hasta que me dejes algo escrito con tu nombre, como una referencia pa toda la vida. Vas a tener que dedicarme al menos un capítulo, como quiera. Yo sé que lo que yo te digo tú lo vas a escribir, porque mis historias son tan buenas que no hay forma de que las dejes fuera.

[Me abraza] Parece que aquí los alumnos están superando al maestro educacionalmente. Creo que Felipe está deprimido. Debe tener un bloqueo mental.